

CÉSAR PRIETO DE LEÓN

PINCHE LOBO

MEMORIAS EN BUSCA DE UN HOGAR



Pinche Lobo.

“Escribo desde una especie de cámara Gesell. Del otro lado del cristal quizá haya lectores, amigos, enemigos, abogados, jueces, hijos o simples curiosos. No lo sé. Lo único que alcanzo a ver es mi propio reflejo. Por eso estas páginas no son una declaración ni una defensa. Son el intento de un hombre por observarse a sí mismo con suficiente honestidad para descubrir quién fue, quién creyó ser y quién sigue siendo debajo de las historias que han contado sobre él.”

Capítulo 1. El Invierno

En aquel lejano 2009, aquel hombre caminaba sostenido por hilos muy delgados.

Desde fuera solía parecer funcional o casi funcional, trabajaba, cumplía con sus responsabilidades y mantenía una apariencia razonablemente estable, sin embargo, bajo esa aparente coraza existía un dolor profundo que pocas personas alcanzaron a ver. Había días en que salía solo a conducir en aquel Renault Laguna gris durante horas, algunas veces demasiado rápido, algunas veces demasiado arriesgado. No porque buscara necesariamente la muerte, sino porque deseaba con todas sus fuerzas que el dolor terminara. Quería dejar de sentir, quería que el ruido dentro de su cabeza se apagara, aunque fuera por un instante.

Lo que más le dolía era la sensación de no haber sido suficiente.

Le atormentaba la idea de no haber sabido amar y cuidar, se reprochaba constantemente no haber advertido que la mujer con quien compartía su vida había encontrado refugio emocional en otra persona desde hacía meses, quizá demasiados meses. Había leído palabras que no fueron escritas para él. Líneas llenas de cariño, deseo y admiración dirigidas a alguien más, y aunque el hecho en sí mismo resultaba doloroso, lo que verdaderamente lo consumía era la pregunta que surgía detrás de todo aquello.

¿Por qué él no? ¿Por qué no había sido capaz de despertar esos mismos sentimientos?

La relación llevaba ya tiempo enfriándose, los acercamientos físicos eran cada vez más escasos, las muestras de cariño habían disminuido. Los detalles cotidianos parecían haber desaparecido, sin embargo, descubrir aquella otra historia lo obligó a mirar directamente una herida que llevaba años creciendo en silencio: la sensación de no ser valioso para la persona que amaba.

Pero había algo que le dolía todavía más. Su hijo.

La idea de que César Alejandro pudiera atravesar una separación semejante a la que él mismo había vivido durante su infancia le resultaba insoportable. Había crecido observando las consecuencias de una familia rota y ahora sentía que la historia amenazaba con repetirse delante de sus propios ojos. No le preocupaba únicamente el fracaso de una relación, le aterraba la posibilidad de heredar el mismo dolor a la siguiente generación.

Aquellos meses los atravesó prácticamente solo.

No porque no hubiera personas a su alrededor, sino porque no encontraba dónde depositar lo que sentía. Las pocas veces que intentó abrirse percibió más reproches que comprensión. Poco a poco aprendió a guardar silencio. Se convenció de que mostrar dolor no resolvería nada y comenzó a fabricar una versión más aceptable de sí mismo.

Sonreía. Trabajaba. Cumplía. Seguía adelante. Por fuera parecía entero. Por dentro sostenía las piezas con las manos. Era una forma de supervivencia.

Comenzó a dibujar una caricatura sobre sí mismo. Una versión exagerada de fortaleza. Una fotonovela protagonizada por el hombre exacto. El hombre correcto.

Ese hombre correcto no sentía demasiado, no se abría, no contaba lo que le ocurría. No entregaba partes importantes de sí mismo, no dependía emocionalmente de nadie, era fuerte por dentro y por fuera. Un cofre perfectamente cerrado... durante mucho tiempo creyó que así eran los hombres que lograban sobrevivir.

No era necesariamente el hombre que deseaba ser. Era el hombre que pensaba que debía ser. Lo curioso es que nadie se lo había enseñado realmente.

No podría recordar figuras de carne y hueso guiándolo a través del dolor. No hubo grandes mentores explicándole cómo atravesar una pérdida, cómo reconstruirse después de una decepción o cómo sostener una familia cuando todo parecía derrumbarse. Sus maestros eran otros.

Vivían entre páginas, habitaban novelas, poemas, películas e historias.

Aprendió más acerca del amor leyendo que viviendo. Aprendió más acerca de la valentía escuchando relatos que observando personas. Durante años creyó que aquellas historias eran mapas confiables para navegar la vida. Con los años descubriría que muchas de ellas eran apenas versiones incompletas de la realidad, de esa realidad que le costaba tanto entender.

Historias terriblemente mal contadas, historias donde los héroes siempre sabían qué hacer, historias donde los hombres no lloran, no se doblan, no se descomponen. Historias donde el amor verdadero siempre encuentra el camino de regreso, historias donde las heridas reciben una explicación y las pérdidas encuentran sentido. La vida resultó ser bastante más compleja que los libros.

Y bastante más humana.

Con el tiempo comprendería que, detrás de toda aquella tristeza, existía una necesidad mucho más simple que cualquier teoría sobre el amor o la fortaleza. No estaba buscando admiración. No estaba buscando reconocimiento. Ni siquiera estaba buscando ser feliz.

Estaba buscando un hogar.

Y quizá por eso, cuando intentaba explicarse a sí mismo lo que estaba viviendo, su imaginación siempre regresaba a la misma imagen.

“Te voy a contar un cuento, mientras encuentro los medios para que entres en mis sueños.

Si algún día tienes la oportunidad, cuéntales esta historia a nuestros nietos. Intenta no perder los detalles importantes. Se suelen olvidar los nombres, las fechas y los lugares, pero las historias permanecen. Es importante que sepan de dónde vienen.

La historia comienza en un paisaje nevado y frío. El viento sopla con fuerza y produce ese sonido extraño que queda en el aire cuando una tormenta está a punto de terminar. Sin embargo, es verano.

Entonces aparece un lobo.

Un joven lobo alfa. O al menos eso diría cualquiera que lo viera desde lejos. Porque al acercarse descubriría algo distinto. Descubriría un lobo demasiado cansado para su edad, con la mirada triste y el andar lento. Un lobo que camina con ese paso silencioso que suelen llevar quienes han aprendido a avanzar heridos.

Avanza sin prisa, sin compañía y sin hacer demasiado ruido, como si supiera que algunas batallas no admiten espectadores. El invierno es duro. La soledad lo es un poco más.

¿Sabes? Las batallas más difíciles suelen librarse a solas.

Nadie sabe qué guerras carga sobre los hombros. Nadie sabe de qué lugares escapó. Nadie sabe cuántas veces se sintió tentado a detenerse y dejar que el frío hiciera el resto. Nadie sabe cuántas veces dudó de sí mismo o cuántas veces se preguntó si era suficiente.

Las huellas no cuentan esas historias.

Las huellas solamente demuestran que siguió caminando.

Y eso, algunas veces, es suficiente.

Porque sería sencillo sentarse. Sería sencillo rendirse. Sería sencillo aceptar que el invierno siempre gana. Pero qué clase de vida merecería un final como ese.

Todo lobo alfa sueña con dos posibles finales.

El primero es el final heroico. Una última batalla. Una lucha definitiva entre sus principios y sus metas, entre la sangre y la furia, entre el miedo y el deber, entre el dolor y el último grito de valentía. Entre lo heroico y lo catastrófico, ante las puertas de lo sublime y la frontera de lo efímero.

Pero existe otro sueño.

Uno mucho más silencioso.

Y quizá mucho más difícil.

Terminar su vida rodeado de una manada. Con la mirada satisfecha, con el pecho erguido, con la certeza, con la complicidad y con el calor de quienes

eligieron quedarse. Con la visión de la eternidad desplegándose delante suyo. Con la tristeza transformada en promesa. Con las heridas convertidas en sabiduría. Con el dolor transformado en luz.

Y entonces comprender que todas aquellas noches de frío, todos aquellos caminos recorridos en soledad y todas aquellas batallas libradas lejos de los ojos del mundo tuvieron un propósito.

Porque al final, incluso los lobos más cansados siguen caminando por la misma razón.

La esperanza de encontrar un hogar.”

Interludio: el niño que se fue al norte

Mucho antes de convertirse en el Pinche Lobo, existió un niño que intentó escapar. Tenía doce años. Y aunque durante años los demás insistieron en llamar a aquello una travesura, una rebeldía o un acto irresponsable, hoy sospecha que era algo mucho más sencillo.

Estaba cansado. Cansado de vivir bajo observación. Cansado de sentir que cualquier cosa que hacía podía convertirse en motivo de crítica.

La forma en que hablaba. La forma en que pensaba. La forma en que jugaba. La forma en que existía. Todo parecía estar sujeto a evaluación.

Y después estaba su primo. Siempre presente. Siempre dispuesto a señalar algún defecto nuevo. Demasiado cabezón. Demasiado infantil. Demasiado sensible. Demasiado algo.

Las frases quizá eran pronunciadas sin demasiada intención. Pero las heridas rara vez preguntan por las intenciones antes de instalarse. Y así fueron acumulándose. Una tras otra. Durante un par de años.

Hasta que un día encontró a alguien que parecía entenderlo. Othón. No porque viviera exactamente la misma historia. Sino porque también parecía estar huyendo de algo. Como los náufragos que se reconocen sin necesidad de explicarse demasiado.

La decisión no ocurrió una noche. No hubo una reunión secreta. No hubo un plan detallado. La decisión llevaba años construyéndose. Simplemente eligió un momento para manifestarse.

Aquel día se hicieron la pinta en la secundaria. Fueron a su casa. No tenía llave. Aún ahora se pregunta si aquello era una señal para no regresar.

Pero a los doce años los niños no suelen escuchar señales. Escuchan impulsos. Así que brincaron. Y al brincar rompieron un vidrio de la cocina.

Recuerda perfectamente el sonido. Recuerda mirar a Othón. Recuerda sentir que acababan de cruzar una frontera invisible.

—Vámonos.

—¿A dónde?

—Tengo una tía en Tamaulipas que me quiere mucho... Seguro nos recibe.

Así de simple. Así de enorme. Y de pronto los dos niños se convirtieron en fugitivos. Recorrieron la casa buscando dinero. Robaron ropa, tomaron una pila de billetes, una pistola de balines y emprendieron el camino.

Hoy entiende que aquello fue un robo, pero recuerda algo más importante, recuerda que en ningún momento sintió que estuviera robando algo. Sentía que estaba escapando, como un animal que encuentra una puerta abierta, como alguien que lleva demasiado tiempo conteniendo la respiración.

La central camionera apareció ante ellos como una frontera hacia otro mundo.

—Dos boletos a Monterrey, por favor.

La mujer detrás del mostrador los observó durante unos segundos. Seguramente comprendió toda la historia antes de que ellos terminaran la frase.

—No puedo venderles boletos para un destino tan lejano. No pueden viajar solos.

Durante unos minutos pareció que la aventura terminaba ahí. Pero la decisión ya había sido tomada y

cuando una decisión lleva años incubándose un obstáculo suele parecer sólo un detalle logístico.

Salieron, vieron un mapa y descubrieron que México podía recorrerse a pequeños pasos. Un boleto, luego otro y otro más. Pueblo tras pueblo, ciudad tras ciudad.

Hasta que dos días después llegaron a Tamaulipas. Y llegaron donde realmente querían llegar, a la casa de alguien que creían que los quería o los iba a querer por lo que eran. Lo que ocurrió después fue mucho más rápido. Una llamada. Una madre. Una familia. Un regreso.

Y entonces la historia cambió de tono.

Porque donde él veía desesperación, los demás vieron delincuencia. Donde él veía búsqueda, los demás vieron rebeldía. Donde él veía dolor, los demás vieron un problema que corregir.

Ratero. Inestable. Peligroso.

Las palabras comenzaron a caer una detrás de otra y mientras todos intentaban explicar lo que había hecho, nadie parecía interesado en escuchar por qué lo había hecho. Pero dentro de él sólo existía una frase.

Una sola.

Tan sencilla que resultaba insoportable.

"Quiero salir de aquí."

Después vino la terapia, las miradas, los silencios, la desaprobación, las lágrimas a solas.

Y durante una parte larga de su vida tuvo la sensación de que nadie había entendido realmente el mensaje, que todos se habían concentrado en la fuga y nadie había preguntado por el incendio. Con el tiempo recordaría aquel episodio de una manera extraña.

No como el día que huyó, sino como el día que descubrió algo sobre sí mismo. Que cuando el dolor se volvía insoportable, existía una parte de él dispuesta a atravesar un país entero con tal de encontrar un lugar donde sentirse querido.

Y quizá, si somos honestos, el Pinche Lobo nunca dejó de hacer exactamente eso.

Capítulo 2. El Verano

Cuando apareció en su vida, lo primero que llamó su atención no fue su belleza: fue su seguridad o al menos aquello que parecía seguridad. Había algo en ella que transmitía firmeza, una manera de caminar por el mundo que contrastaba profundamente con la incertidumbre que él llevaba dentro, parecía saber quién era. Parecía saber hacia dónde iba, parecía estar construida de un material distinto.

Pero conforme comenzó a conocerla, descubrió algo más: detrás de aquella fortaleza también existían heridas, detrás de aquella aparente certeza, también existían dudas y detrás de aquella mujer que parecía tener todas las respuestas, habitaba alguien que también estaba intentando encontrar su lugar en el mundo. Había otro detalle, ella no estaba completamente sola, su corazón parecía mirar en más de una dirección y quizá precisamente por eso resultó tan atractiva, porque una parte de él seguía siendo aquel hombre que caminaba herido entre la nieve.

Una parte de él continuaba sintiendo una extraña fascinación por aquello que parecía inalcanzable, como si el amor tuviera que ser difícil, como si aquello que pudiera conseguirse con facilidad careciera de valor. Como si una parte de él necesitara sufrir para confirmar que estaba amando de verdad. Hoy reconoce con cierta seguridad que había algo profundamente contradictorio en todo aquello: por un lado, deseaba acercarse, por otro, intuía el peligro, por un lado, anhelaba construir algo nuevo, por otro, parecía sentirse atraído por situaciones capaces de lastimarlo o de destruirlo por completo.

Era como intentar reparar una herida utilizando las mismas herramientas que la habían provocado y aun así avanzó, porque debajo de todas aquellas contradicciones existía una esperanza mucho más sencilla. La esperanza de que dos personas rotas pudieran encontrar juntas una forma distinta de vivir. Había algo más que ella no alcanzó a ver al principio, aquel hombre llegaba cansado, no sólo cansado de una relación, cansado del mundo.

Durante años había creído en cosas que parecían importantes, había creído en la amistad, en la palabra dada, en las promesas hechas mirando a los ojos, había creído en el amor como una construcción compartida, en dos personas caminando hacia el mismo lugar, hombro con hombro, soportando juntos el peso de los días difíciles.

Había creído en el nosotros.

Con el tiempo, muchas de aquellas certezas comenzaron a resquebrajarse, los héroes de su juventud resultaron ser hombres comunes, los amores eternos tuvieron fecha de caducidad. Los amigos indispensables encontraron ocupaciones más urgentes, las promesas aprendieron a romperse.

Y una parte de él empezó a sospechar que tal vez había entendido mal la historia desde el principio, por eso, cuando la conoció, no estaba buscando únicamente una mujer, estaba buscando una excepción. Una prueba de que todavía era posible creer en algo.

La mujer que no dudaba

Hubo algo que él no supo reconocer en aquel momento. No era belleza, no era inteligencia, no era siquiera química. Fue algo mucho más simple: ella parecía elegirlo.

Y para un hombre que llevaba años sintiéndose insuficiente, aquello resultaba casi imposible de ignorar: no parecía dudar, no parecía debatirse entre posibilidades, no parecía medir riesgos; lo miraba como si ya hubiera tomado una decisión. Antes de tener palabras para explicarlo creyó que había sido él quien la sedujo, que había sido él quien derribó las barreras, que había sido él quien encontró la forma de abrir una puerta cerrada.

Los años le enseñarían una lectura distinta, ella también movía las piezas, ella también construía escenarios. Ella también acercaba las fichas al centro del tablero y probablemente lo hacía con mucha más habilidad de la que él alcanzaba a comprender.

Su primera cita ocurrió entre amigos. En algún momento de aquella noche ella le dijo que tenía pareja, le dijo que no podía pasar nada, le dijo que aquello tenía límites y sin embargo había algo que contradecía cada una de esas palabras.

La manera en que lo miraba, la forma en que sostenía los silencios, la facilidad con la que parecía borrar la distancia entre ambos. Hasta que finalmente la besó y después de afirmar que nada podía suceder, ella ya lo llevaba de la mano hacia el automóvil para continuar la historia.

Durante demasiado tiempo recordaría aquella escena. No por el beso, sino por lo que significó. Porque algo

que parecía imposible se volvió posible. Algo que parecía prohibido se volvió cercano. Algo que parecía inalcanzable extendió la mano.

Y para aquel hombre eso tuvo un efecto devastador, por primera vez en mucho tiempo sintió que tal vez sí era suficiente, sintió que quizá la caricatura había cobrado vida. Que el hombre fuerte, el hombre interesante, el hombre deseable, el hombre correcto existía realmente.

Sin embargo, había algo más ocurriendo entre ellos, algo que él hacía siempre, algo que nunca aprendió a evitar. Aunque se prometiera que jamás volvería a hacerlo, aunque esta vez eligiera mantenerse protegido, aunque intentara convertirse en aquel cofre perfectamente cerrado. Terminaba abriéndose.

Siempre, tarde o temprano y así ocurrió también con ella. Le habló de Sandra, le habló de las heridas que aún no cerraban, le habló de César Alejandro, le habló de los miedos que cargaba, le habló de los sueños que todavía se negaba a abandonar, porque había algo en aquella mujer que lo hacía sentir escuchado. Y cuando una persona lleva demasiado tiempo caminando sola, a veces confunde ser escuchado con haber llegado a casa.

Había algo en la manera en que ella escuchaba, algo que él jamás había encontrado antes, cuando hablaba, ella lo miraba fijamente. Sostenía la mirada durante largos instantes, casi sin parpadear, parecía existir únicamente para aquella conversación, como si el resto del mundo desapareciera por unos breves instantes y toda la atención del universo se concentrara en ese preciso lugar.

Después no sabría explicar exactamente qué significaba aquella mirada, en aquel momento simplemente la sentía y la sentía inmensa. Porque con el paso de los años había tenido la impresión de que nadie lo escuchaba realmente, las personas oían, opinaban, interrumpían, esperaban su turno para hablar, ella parecía escuchar. Y para ese hombre que llevaba cargando dolores en silencio, aquello era extraordinario.

Le hablaba de las cosas que le habían dolido, le hablaba de los miedos que lo perseguían, le hablaba de la culpa, de la tristeza, de sus libros, de sus películas, de la sensación de no ser suficiente y ella parecía absorber cada palabra, como si estuviera intentando comprenderlo por completo, pero después ocurría algo más. Una vez que los dolores habían sido compartidos, ella comenzaba a hablar del futuro.

Quería vivir, quería salir, quería conocer lugares. Quería cenar, quería experiencias, quería intensidad. Parecía tener hambre de vida y no buscaba relaciones ordinarias, buscaba las mejores historias, los mejores momentos, los mejores recuerdos, los mejores amantes.

Y él, que durante años se había sentido insuficiente incluso para sí mismo, comenzó a creer que quizá tenía una oportunidad, quizá podía convertirse en aquello que ella veía, quizá podía llegar a ser ese hombre. El hombre interesante, el hombre deseado, el hombre capaz, el hombre que siempre había querido ser.

Había momentos en que se sentía completamente seguro, momentos en los que parecía haber encontrado por

fin su lugar en el mundo. Pero esa sensación rara vez duraba demasiado. Porque después aparecía algo más.

Una exigencia sutil, difícil de nombrar, casi invisible. La sensación de que todavía faltaba algo, de que aún podía hacerlo mejor, de que todavía existía una versión superior de sí mismo esperando ser alcanzada.

Y curiosamente aquello no le resultaba extraño. Había pasado tanto tiempo sintiéndose insuficiente que la exigencia le parecía familiar. Casi comfortable, como una vieja herida que uno termina confundiendo con parte de su identidad.

Entonces se esforzaba más, intentaba ser mejor, más atento, más fuerte, más interesante, más presente. Y cuando lo conseguía llegaba la recompensa: una mirada, una sonrisa, una noche juntos, una promesa, una sensación de plenitud. Como si una voz silenciosa le susurrara: "Ves..., si te esfuerzas lo suficiente, puedes hacerme feliz."

Y quizá lo más peligroso era que esa misma voz parecía añadir algo más: *"Puedes convertirte en el hombre que yo necesito", "Puedes convertirte en el hombre que siempre has soñado ser"*.

Existía una pregunta que nunca terminaba de marcharse, no importaba cuántos logros acumulara, no importaba cuánto se esforzara, no importaba cuántas veces le dijeran que era valioso. La pregunta siempre regresaba ¿por qué parecía que su forma natural de ser nunca era suficiente? ¿por qué el amor parecía encontrarse siempre al otro lado de una transformación? ¿por qué para recibir

atención, cariño, cuidado o ternura tenía que convertirse en otra persona?

Había aprendido a esforzarse, había aprendido a mejorar, había aprendido a adaptarse, había aprendido a resistir. Pero en algún punto comenzó a sospechar que cada nueva versión de sí mismo lo alejaba un poco más del hombre que realmente era.

Como si el precio de ser amado consistiera en renunciar a partes esenciales de su propia identidad, como si tuviera que abandonar su propia piel para merecer un lugar junto a alguien y aquella idea lo perseguía. Porque si el amor solamente llegaba cuando dejaba de ser él mismo, entonces la pregunta se volvía inevitable: ¿quién era realmente la persona que estaban amando? ¿a él? ¿o al personaje? ¿al hombre? ¿o a la caricatura?

Y si algún día dejaba de actuar...

Si algún día dejaba de esforzarse... si algún día se mostraba exactamente como era... ¿alguien elegiría quedarse?

Llegaría a sospechar que aquella pregunta no había nacido en ninguna relación. La pregunta era mucho más antigua, llevaba años viviendo dentro de él, quizá décadas, quizá desde aquella noche en que su madre se marchó.

Tenía apenas nueve años. Demasiado pequeño para comprender lo que estaba ocurriendo, demasiado grande para no sentirlo. Las personas suelen creer que los niños

entienden poco, la verdad es que entienden más de lo que deberían.

No siempre comprenden los hechos, pero comprenden las ausencias, comprenden los silencios. Comprenden cuando alguien deja de estar. Y aquella noche algo se rompió, no de golpe, no con estruendo, se rompió de esa manera silenciosa en que se rompen las cosas importantes.

Porque cuando una madre desaparece del horizonte de un niño, rara vez deja una explicación suficiente. Lo que deja son preguntas. Y las preguntas, cuando no encuentran respuesta, suelen transformarse en heridas.

Con los años, aquella herida empezó a formular una idea cada vez más clara, tal vez no se fue por ella, tal vez se fue por mí, tal vez había algo en mí que no era suficiente para quedarse. Después vino otra escena, otra entre muchas. Su padre llevándolo a casa de la abuela, moviéndolo de un lugar a otro.

Tomando decisiones sobre su vida sin preguntarle demasiado. Y aunque hoy puede comprender el cansancio, las limitaciones y los propios dolores que habitaban en aquel hombre, el niño que era entonces no tenía acceso a esas explicaciones.

El niño sólo sabía lo que sentía y lo que sentía era algo parecido a convertirse en equipaje, en un objeto que otros transportaban. En alguien cuya opinión no modificaba el rumbo de los acontecimientos, como un mueble, como una

maleta, como algo que pertenecía a algún lugar, pero no terminaba de ser elegido por nadie.

Y así la pregunta siguió creciendo, a veces en silencio, a veces disfrazada, a veces oculta detrás de logros, relaciones, trabajo o sonrisas. Pero siempre presente.

¿Por qué parece que quien soy no basta? ¿Por qué las personas importantes terminan alejándose? ¿Por qué para ser amado debo convertirme en alguien más?

Y quizá lo más doloroso era que, para entonces, ya no recordaba cuándo había comenzado a hacerse esas preguntas. Porque algunas heridas permanecen abiertas durante tanto tiempo que terminan pareciendo parte de uno mismo.

El mensaje en el espejo

Hubo una noche que permanecería en su memoria durante años, no fue una noche extraordinaria para cualquiera que la hubiera observado desde fuera, no hubo fuegos artificiales, no hubo promesas solemnes, no hubo declaraciones teatrales, solo una noche compartida en aquel departamento. Una mesa, un par de copas de vino y una conversación que parecía no terminar nunca. Hablaron durante horas. O quizá sólo le pareció así. Porque cuando una persona se siente escuchada, el tiempo suele comportarse de maneras extrañas. Él hablaba. Y ella escuchaba.

Hablaba de sus miedos, de sus heridas, de Sandra, de César Alejandro, de las dudas que cargaba, de las preguntas que llevaba años formulándose sin encontrar respuestas.

Y ella permanecía ahí, mirando, escuchando, observando, como si cada palabra tuviera importancia, como si no existiera ningún otro lugar donde quisiera estar. Ahora mismo no recordaría exactamente todo lo que dijo aquella noche, pero sí recordaría cómo se sintió.

Por primera vez en mucho tiempo no parecía necesario defenderse, no parecía necesario convencer a nadie, no parecía necesario demostrar nada. Simplemente podía estar ahí. Y eso ya era bastante.

A la mañana siguiente despertaron juntos. La luz entraba tímidamente por las ventanas del departamento, entre las persianas, sobre la cama. El mundo comenzaba a recuperar su ritmo habitual. Ella se preparó para marcharse y poco antes de salir entró al baño.

Él no prestó demasiada atención, hasta que la vio regresar, sonriendo. Como quien guarda un pequeño secreto. Cuando ella se fue, él entró al baño y descubrió el mensaje, escrito con labial sobre el espejo, en letras grandes. Dos palabras: *Te amo*.

No recuerda cuánto tiempo permaneció observándolas, quizá fueron segundos, quizá fueron minutos. Lo único que recuerda con claridad fue lo que ocurrió dentro de él, por un instante, por un breve e improbable instante sintió seguridad, no euforia, no pasión, no deseo, seguridad.

Como si una puerta que había permanecido cerrada durante años acabara de abrirse, como si el niño abandonado de nueve años hubiera recibido finalmente una respuesta, como si alguien hubiera llegado hasta el centro mismo de sus dudas para decirle: *"Te elijo."*

Y aunque aquella sensación duró poco, aunque la vida terminaría encargándose de complicar todo lo que vino después, durante unos minutos creyó algo que llevaba demasiado tiempo necesitando creer. Que quizá no tenía que seguir convirtiéndose en alguien más, que quizá, sólo quizá, ya era suficiente.

Capítulo 3. El Refugio

Había algo extraño en aquellos años.

Cuando hoy intenta recordarlos, no aparecen como una línea recta de felicidad. Aparecen como una sucesión de sobresaltos, de pequeños derrumbes seguidos por reconstrucciones aún más grandes. Como si la relación respirara de esa manera, como si necesitara acercarse peligrosamente al abismo para después volver a sentirse vivo.

Y él no entendía nada de eso, lo único que sabía era que cada vez que sentía que podía perderla, el miedo lo consumía. Y después, cuando algo volvía a unirlos, el alivio era inmenso.

Uno de aquellos momentos llegó cuando ella le habló de un posible viaje. Sus padres querían que Dominika, su hija, viajara a Polonia para pasar la navidad con su padre.

La propuesta parecía razonable, incluso lógica. Pero para él significó algo completamente distinto, significó distancia, significó ausencia, significó incertidumbre. Porque todavía no existía un lugar claro para él dentro de aquella historia.

La relación seguía siendo un secreto. Se veían principalmente los viernes, compartían momentos que parecían importantes, construían algo. Pero al mismo tiempo era como si aquello ocurriera detrás de una cortina, lejos de la vista del mundo.

Y él ya estaba cansado de los rincones, cansado de las medias luces, cansado de existir a medias dentro de la vida de las personas. No quería ser un secreto, quería ser alguien, quería ser visto, quería pertenecer, quería construir un hogar.

Y mientras más pensaba en aquel viaje, más miedo sentía, miedo de que la distancia terminara de borrar aquello que apenas comenzaba a existir, miedo de descubrir que él ocupaba un lugar mucho menos importante del que imaginaba, miedo de regresar al punto de partida, miedo de volver a quedarse solo.

Una noche, después de dar vueltas durante semanas alrededor de aquellas ideas, decidió salir. Tomó algunos tequilas acompañado de su hermana y de su amiga Blanca. La intención oficial era distraerse, la intención real era sobrevivir.

Y entonces ocurrió algo que aún hoy le da un sabor a imposible. Un mariachi entró al lugar y quizá fueron los tequilas, quizá el miedo, quizá la desesperación o quizá el amor.

Pero de pronto se escuchó diciendo que quería llevarse aquel mariachi, precisamente aquel mariachi. No para una fiesta, no para una celebración, sino para ella.

Recuerda las negociaciones, recuerda las explicaciones, recuerda intentar convencer a aquellos hombres de abandonar temporalmente su trabajo para acompañar a un desconocido que parecía haber perdido la razón.

—Es un favor para un hombre enamorado.

Y de alguna manera aceptaron. Poco después avanzaban por las calles rumbo a la casa de ella, con su hermana Katia al lado, su amiga Blanca acompañando, con nervios, con miedo, con esperanza. Como quien sabe que está a punto de hacer algo irrepetible.

Cuando comenzaron los primeros acordes de *Paloma Querida*, la casa empezó a despertar, las luces se encendieron, las puertas se abrieron. La familia apareció y finalmente apareció ella.

Entonces ocurrió algo que el Pinche Lobo llevaba demasiado tiempo esperando, algo mucho más importante que la serenata, mucho más importante que las canciones, mucho más importante que el mariachi, por primera vez en aquella historia, dejó de ser un secreto, por primera vez pudo decirlo en voz alta, con orgullo, con miedo, con el corazón golpeándole el pecho.

—Estoy aquí porque soy su novio. Porque soy su novio y la amo.

Todavía recuerda el silencio que siguió, recuerda la incertidumbre, recuerda verla titubear y recuerda también verla salir, abrazarlo y decir delante de todos algo que llevaba demasiado tiempo necesitando escuchar.

—Sí. Él es mi novio. Y es el hombre al que amo.

Durante años pensó que aquel momento había abierto una puerta y tenía razón.

Lo que todavía no sabía era que algunas puertas, cuando se abren, hacen temblar toda la casa. Porque cada nuevo nivel de intimidad también exige renunciar a algo.

Y aquella noche, mientras abrazaba a la mujer que amaba bajo la música de un mariachi, era incapaz de imaginar el precio que terminarían pagando por ello.

Cuando finalmente llegó el día del viaje, el golpe fue más fuerte de lo que estaba dispuesto a reconocer.

No ocurrió de inmediato, no fue una explosión, fue algo más parecido a una casa vieja recibiendo una ráfaga de viento, una estructura que parecía firme hasta que alguien empujaba la puerta y entonces todas las vigas comenzaban a crujir al mismo tiempo.

Las dudas regresaron, las inseguridades regresaron, la soledad regresó. Y, como siempre, regresaron juntas.

Durante meses había intentado construir algo parecido a la confianza. Había intentado creer que aquella historia era distinta, había intentado convencerse de que el pasado no tenía por qué repetirse una y otra vez.

Pero ahora ella estaba al otro lado del océano y él volvía a quedarse a solas con su propia cabeza, ella había prometido que sólo viajaba por Dominika. Que aquello no tenía nada que ver con sentimientos, que era una responsabilidad, una obligación y un acto de amor hacia su hija.

Había dicho que su corazón le pertenecía y una parte de él quería creerlo, no quería creerlo a medias, no quería creerlo por conveniencia, quería creerlo completamente, como creen los enamorados, como creen los niños, como creen los hombres que llevan demasiado tiempo esperando una razón para descansar.

Sin embargo, existía otra voz. Una voz más antigua, más silenciosa, más difícil de callar. Una voz que observaba todo aquello desde la distancia y formulaba una pregunta incómoda.

¿Y si el viaje no era solamente por Dominika? ¿y si también era por ella? ¿y si necesitaba mirar de frente una vida que había dejado atrás? ¿y si necesitaba descubrir si aquel capítulo estaba realmente terminado? ¿y si..?

No tenía pruebas, no tenía certezas, sólo intuiciones. Y las intuiciones son peligrosas porque rara vez pueden demostrarse, pero tampoco desaparecen por completo.

Entonces, con el viaje en marcha, llegó aquella videollamada, una conversación aparentemente ordinaria, una conversación destinada a tranquilizar, a reducir la distancia, a mantener vivo el vínculo y durante unos segundos todo pareció normal. Hasta que algo llamó su atención, el lugar, el fondo, la habitación. Recuerda haberse quedado mirando la pantalla con una sensación extraña.

—Qué hotel tan raro —pensó para si—. Parece una casa.

Y entonces ocurrió algo insignificante para cualquiera que estuviera observando desde fuera, pero no para él, no para el Pinche Lobo, no para alguien que llevaba una vida entera intentando descifrar señales, una figura cruzó detrás de ella y una voz dijo en inglés: "It's time to sleep."

Siempre seguiría recordando ese instante, no porque demostrara nada, sino porque abrió una grieta. Porque inmediatamente intentó reconstruir conversaciones anteriores, intentó recordar detalles, intentó recordar si ella le había dicho que se quedaría en un hostel, intentó recordar si había mencionado una casa, intentó recordar si todo aquello estaba realmente ocurriendo o si era producto de sus propios miedos.

Y cuanto más intentaba encontrar respuestas, más confusión aparecía. La memoria se volvía resbaladiza, las certezas desaparecían, las dudas crecían y así comenzó aquella travesía de dos semanas, interminables dos semanas.

No como una ausencia, no como una espera. Sino como una montaña rusa emocional donde la esperanza y el miedo se alternaban constantemente.

Había mañanas en las que estaba convencido de que todo saldría bien. Y noches en las que sentía que la historia entera se estaba desmoronando. Había llamadas que le devolvían la calma. Y pequeños detalles que lo hacían regresar al borde del precipicio.

Lo más agotador no era el dolor, era la incertidumbre. Porque el dolor al menos tiene forma. La incertidumbre, en cambio, se alimenta de posibilidades. Y durante aquellas dos

semanas el Pinche Lobo convivió con todas ellas. Había mañanas donde estaba seguro de que todo terminaría bien y noches donde sentía que estaba perdiendo algo que nunca había terminado de poseer.

En su madurez comprendería que aquella no era la primera vez que intentaba soportar algo que lo estaba lastimando.

La primera vez había ocurrido mucho antes.

Cuando todavía era un niño.

Interludio II. El niño que aprendió a soportar

Muchos años antes de aprender a amar, el Pinche Lobo aprendió algo más útil y mucho más peligroso. Aprendió a soportar.

No recuerda exactamente cuándo ocurrió, no fue una enseñanza formal. Nadie se sentó frente a él para explicársela, simplemente fue apareciendo, comentario tras comentario, silencio tras silencio, golpe tras golpe.

Hasta que un día, a los doce años, casi como si fuera una secuela del viaje a Tamaulipas, se encontró pronunciando una frase que ningún niño debería necesitar decir:

—Pégame si es lo que quieres.

Por una temporada que parecía no terminar seguiría pensando que lo peor no fueron los golpes, los golpes

terminaron pasando, el dolor físico se fue, lo que permaneció fue otra cosa...

La sensación de estar completamente solo en medio de algo que no entendía. Todavía hoy le resulta difícil explicar por qué nunca intentó ganar, no sólo aquel partido improvisado entre primos: en la vida en general.

Parecía haber aprendido muy pronto que era más seguro ocupar un segundo plano, que era más seguro dejar que otros brillaran, que era más seguro reconocer la fuerza ajena que exhibir la propia. Quizá por eso, cuando la agresión llegó, tampoco intentó defenderse.

Recuerda poner las manos detrás:

—Saca tu coraje...

Recuerda pensar, ingenuamente, que la vulnerabilidad desarma la violencia, recuerda descubrir que no siempre es así. Pero incluso hoy sospecha que la herida más profunda no provino de los puños.

Provino del silencio, de los demás, de los familiares, de las personas que observaban, de la ausencia de alguien que dijera:

"Ya basta."

Porque mientras los golpes caían, una idea comenzó a instalarse lentamente dentro de él, aún a pesar de los breves desmayos, que parecía ser lo único que acudía a detener la escena. Una idea que tardaría demasiado tiempo en

comprender: que algunas veces el dolor no proviene de quien lastima, proviene de quien no protege.

Después se preguntaría muchas veces por qué no escapó, porque escapar ya sabía hacerlo, ya había cruzado medio país intentando escapar una vez, ya había aprendido que las carreteras existen, ya había descubierto que los mapas le mostraban salidas, sin embargo, aquella tarde permaneció ahí.

Quizá porque algo había cambiado, quizá porque después de Tamaulipas la huida había dejado de parecer una puerta abierta, quizá porque durante meses había recibido y entendido todas las razones por las que escapar estaba mal, quizá porque ya estaba cansado, un niño de doce años cansado...

O quizá porque por primera vez comenzó a sospechar que algunos dolores no podían dejarse atrás simplemente abordando otro autobús. Lo cierto es que no corrió, no peleó, no gritó, se quedó. Y descubrió que quedarse también duele.

Los días en que el invierno se olvidó de nosotros

Hay recuerdos que sobreviven porque fueron importantes y hay otros que sobreviven porque fueron felices.

Terminaría descubriendo que no siempre son la misma cosa. Aquella noche no ocurrió nada extraordinario, no hubo viajes, ni grandes declaraciones, ni momentos destinados a convertirse en leyenda familiar.

Simplemente estaban sentados dentro del Renault Laguna. Hablando, como tantas otras veces.

La lluvia golpeaba el techo con suavidad y poco a poco los vidrios comenzaron a empañarse. Las luces de la ciudad se transformaron en manchas difusas y el mundo exterior desapareció hasta quedar reducido a un murmullo lejano.

Y sin darse cuenta, el tiempo comenzó a comportarse de manera extraña. Las conversaciones tienen algo curioso cuando ocurren entre dos personas que realmente desean escucharse. Empiezan hablando de cualquier cosa y terminan recorriendo la infancia, los sueños, los miedos, las tonterías y las heridas, sin que nadie recuerde exactamente cómo llegaron hasta ahí.

Aquella noche parecía una de esas noches, ninguno tenía prisa, ninguno parecía querer despedirse y entonces ocurrió.

Un golpe seco sobre el cristal, uno de esos sonidos capaces de sacarte de un sueño en cuestión de segundos. Se quedaron inmóviles. Mirando hacia un vidrio que ya no permitía ver absolutamente nada.

El auto parecía una pequeña isla flotando en medio de la lluvia. Entonces bajó la ventana y apareció el rostro de un policía, un rostro que parecía mucho más sorprendido que el de ellos.

El hombre observó el interior del vehículo esperando encontrar algo. Lo que encontró fueron dos personas

completamente vestidas, sentadas frente a frente, atrapadas en una conversación que probablemente llevaba horas.

Durante unos segundos nadie supo qué decir. Finalmente, el policía preguntó:

—Buenas noches... ¿todo bien?

—Sí oficial, buenas noches. Todo bien.

El hombre permaneció unos instantes más observando la escena, intentando comprender qué estaba ocurriendo dentro de aquel automóvil completamente empañado.

Después regresó a su patrulla y apenas se alejó unos metros, ambos estallaron en carcajadas, de esas risas que aparecen cuando la tensión se rompe de golpe, de esas risas que parecen contagiarse a sí mismas, de esas risas que terminan provocando más risa, el ataque fue tan absurdo como imparable.

Y cuando parecía que comenzaban a recuperar la compostura, él terminó de rematar la escena con una confesión pronunciada con toda la solemnidad que una situación tan ridícula permitía.

—Lo mío, lo mío... es el sexo oral.

Y entonces el auto volvió a llenarse de carcajadas. Hoy, cuando intenta recordar aquellos años, piensa que quizá la felicidad se parecía más a eso que a cualquier otra cosa.

No a los grandes momentos, no a las promesas, no a las declaraciones. Sino a dos personas refugiadas de la lluvia dentro de un automóvil, riéndose hasta quedarse sin aire, sin imaginar siquiera que algún día aquel recuerdo seguiría conservando su calor y el olor a las cosas recién quemadas.

La memoria tiene una extraña tendencia a iluminar los momentos felices y a dejar los demás en penumbra. Por eso a lo largo del tiempo recordó aquella noche del Renault Laguna como una noche perfecta. La lluvia, las conversaciones interminables, la risa provocada por un policía confundido y aquella sensación de que el mundo podía esperar un poco más.

Sin embargo, cuando volvió a recordarlo años después, ya no pudo verlo de la misma manera. Porque detrás de cada recuerdo luminoso aparecía otro: uno más oscuro.

Uno que en aquel momento había decidido ignorar. Aquellas noches donde simplemente hablaban, donde el tiempo parecía detenerse y la conversación bastaba para llenar el espacio entre ambos, también terminaban convirtiéndose en motivo de conflicto.

Tarde o temprano aparecía la pregunta.

—¿Es que no quieres que hagamos nada?

O alguna variación de la misma inquietud.

—¿No te aburres?

Y entonces algo cambiaba dentro de él, porque de pronto aquello que había parecido suficiente dejaba de serlo. La conversación ya no bastaba, la compañía ya no bastaba, la cercanía ya no bastaba.

Y sin darse cuenta comenzaba otra vez la carrera, la carrera por recuperar la versión luminosa de las cosas, por volver a provocar la risa, por volver a obtener la mirada, por volver a sentir la complicidad, por volver a encontrar ese lugar donde todo parecía estar bien.

En aquel tiempo no lo comprendía, pensaba que simplemente estaba intentando cuidar la relación, pensaba que amar consistía precisamente en eso: en esforzarse, en adaptarse, en corregirse, en mejorar.

En convertirse en una versión más adecuada de sí mismo. Lo que todavía no alcanzaba a ver era que cada instante de calma comenzaba a parecer condicionado, como si la felicidad tuviera un precio de entrada.

Como si cada caricia viniera acompañada de una factura que tarde o temprano debía pagarse y aun así permanecía.

Porque cuando el alivio llegaba, cuando la ternura reaparecía, cuando la cercanía volvía a instalarse entre ambos, todo el sufrimiento previo parecía perder importancia.

O al menos eso creía.

Todavía recuerda una frase que alguna vez pronunció convencido de estar describiendo la profundidad de su amor, hoy ya no está tan seguro de lo que describía.

"Si no me fui cuando me insultabas, menos me voy a ir ahora que me acaricias."

Durante un largo lapso de su vida creyó que aquellas palabras hablaban de lealtad, hoy sospecha que también hablaban de otra cosa, de costumbre, de esperanza, de resistencia y quizá de una verdad mucho más incómoda. Que había aprendido a esperar la caricia con la misma intensidad con la que temía el golpe.

Hubo años donde el Pinche Lobo creyó haber encontrado aquello que llevaba buscando desde niño. No la felicidad: la pertenencia.

Son cosas distintas, la felicidad suele llegar y marcharse. La pertenencia permanece incluso durante los días difíciles y durante algún tiempo la vida pareció construirse alrededor de pequeñas escenas.

Carreteras interminables, maletas, arena en los zapatos, niños corriendo delante de los adultos, fotografías que nadie imaginaba importantes en ese momento, atardeceres, canciones, comidas compartidas, nada extraordinario.

Y quizá precisamente por eso resultaba tan extraordinario, porque durante años había buscado grandes respuestas y de pronto descubría que la vida parecía esconderse en detalles diminutos.

En un abrazo, en una carcajada, en una conversación, en la sensación de regresar cansado de un viaje y pensar:

"Quiero volver a hacer esto."

Por primera vez en mucho tiempo no parecía estar construyendo una relación, parecía estar construyendo una familia. Y para alguien que había pasado la vida buscando refugios, aquello tenía algo parecido a un milagro.

La felicidad había llegado o al menos algo muy parecido a ella. Había viajes, había niños, había fotografías, había un nosotros.

Y sin embargo la tristeza seguía encontrando maneras de entrar, porque el Pinche Lobo descubrió algo que nadie le había explicado: las heridas no desaparecen cuando llega el amor.

A veces simplemente aprenden a esperar y durante aquellos años existía una voz antigua que seguía visitándolo de vez en cuando, no siempre para hacer daño. Algunas veces sólo para recordarle que seguía ahí, como un viejo fantasma sentado al fondo de una cantina, como un compañero de viaje que se niega a bajar del automóvil, como un lobo dócil al lado de la puerta o como una sombra que conoce el camino de regreso.

En aquellos días intentó ponerle reglas al dolor. Como si pudiera disciplinarlo, como si bastara con escribir una lista, como si el corazón respetara reglamentos.

Decálogo del Solitario

1. No confiar.
2. No llorar.
3. No recordar.
4. No reproducir la música prohibida.
5. No pronunciar su nombre en vano.
6. No adorarás imágenes.
7. No llamarás.
8. No buscar culpables.
9. No faltar a este decálogo.
10. No hacer decálogos.

Y cada vez que volvía a leerlo terminaba sonriendo, porque sospechaba que ya había incumplido todos y cada uno de los puntos.

Capítulo 4. Las primeras grietas

Con el paso del tiempo el Pinche Lobo llegaría a una conclusión incómoda.

Siempre sintió que aquella relación había nacido herida, no porque faltara amor, no porque faltara deseo, no porque faltaran sueños. Sino porque desde el primer día convivieron dos certezas imposibles de reconciliar.

La primera decía:

"Quédate."

La segunda decía:

"Corre."

Y ambas parecían tener razón. Porque había días en que sentía haber encontrado exactamente el lugar donde necesitaba estar y había otros en que una voz antigua, una voz que parecía conocer caminos que él había olvidado, le susurraba que todavía estaba a tiempo de salir.

Sin embargo, salir nunca parecía una opción real, Sandra seguía caminando por los pasillos de su memoria, la tristeza seguía apareciendo en momentos inesperados y por encima de todo existía una necesidad desesperada de demostrar algo, demostrar que podía reconstruirse, demostrar que estaba bien, demostrar que podía volver a amar, demostrar que no estaba roto, que no estaba loco, que no era ese hombre equivocado que a veces veía reflejado en el espejo.

Y quizá por eso ignoró muchas señales.

La primera salida como novios debería haber sido sencilla: un bar, un par de whiskys. Dos personas intentando conocerse. Sin embargo, incluso aquella noche terminó convirtiéndose en una pequeña batalla.

—¿Por qué no te gusta el bar al que te traje?

Porque ella había elegido el bar, un bar hermoso con música en vivo, música de rock en inglés. La pregunta lo tomó por sorpresa, porque sí le gustaba o al menos eso creía. No estaba incómodo con el lugar. Estaba incómodo consigo mismo y como tantas veces ocurriría después, no supo explicarlo.

—Sí me gusta.

—No parece. Quiero irme.

Todavía no terminaba el primer whisky y sin embargo ya quería escapar. Después sospecharía que no estaba huyendo del bar, ni de ella. Estaba huyendo de la sensación de que algo no terminaba de encajar.

Aquella no sería la última vez.

Con el paso de los meses comenzaron a aparecer pequeñas escenas difíciles de explicar. Una noche ella fue a buscarlo de sorpresa a casa de su madre, él no estaba, había salido con amigos, no había engaños, no había mentiras, no había secretos.

Y, sin embargo, en la siguiente llamada, apareció una frase que terminaría escuchando muchas veces.

—Me humillaste.

No entendía cómo la había humillado. Intentaba reconstruir los hechos una y otra vez, buscaba la pieza que faltaba, la lógica que explicara el dolor. Pero nunca terminaba de encontrarla.

Lo único que encontraba era la necesidad de reparar, de hacer algo, de corregir algo, de compensar algo, aunque no terminara de comprender qué y poco a poco se convirtió en un especialista en reconquistar. A veces cada semana, a veces varias veces en una misma semana.

Como si la relación estuviera construida sobre una sucesión de despedidas y regresos, como si cada reconciliación necesitara una nueva demostración de amor, como si cada crisis exigiera un nuevo sacrificio.

Pero hubo una noche distinta, una noche que aún hoy le resulta difícil recordar sin sentir un nudo en la garganta, la noche de la mudanza, la noche en que habían planeado finalmente vivir juntos. Durante meses había trabajado para llegar hasta ahí, la casa era pequeña, pequeñísima, una casa modesta en el centro de la ciudad.

Pero para él era hermosa, las paredes estaban pintadas de un color naranja cálido que hacía pensar en los atardeceres, en los comienzos, en los hogares. Había firmado el contrato, había recibido las llaves, había recorrido tiendas, había cargado muebles, había hecho cuentas, había

imaginado habitaciones, había construido un futuro entero dentro de aquellas paredes y eso lo hacía sentir orgulloso, profundamente orgulloso, no del tamaño de la casa, no de los muebles, no de las paredes, orgulloso de sí mismo.

Porque después de tanto tiempo sentía que estaba logrando algo importante, que estaba construyendo algo, que estaba creando un hogar. Aquella tarde sólo estuvieron con él su madre y la tía Maru, subiendo muebles, acomodando cajas, moviendo cosas de un lado a otro, preparando el espacio donde comenzaría la nueva vida.

Y mientras trabajaba, una parte de él esperaba algo muy simple. No una celebración, no una ovación, quizá un abrazo, quizá una sonrisa, quizá una mano sobre el hombro. Algo que dijera:

"Lo lograste.", "Lo estamos logrando.", "Estoy feliz de estar aquí contigo."

Pero no fue eso lo que ocurrió. La discusión comenzó por algo tan pequeño que hoy resulta difícil explicarlo. Un librero, un librero que ella no había elegido, un librero que estaba ahí antes de que ella conociera la casa: un librero.

Y sin embargo aquella noche, que él había imaginado como una de las más felices de su vida, comenzó a derrumbarse. Horas después se encontró solo, mirando a través de una ventana, observando las luces de un automóvil detenido bajo la lluvia.

Ella estaba dentro y él permanecía inmóvil, intentando comprender qué estaba ocurriendo. Recuerda

haber pensado que quizá tenía miedo, que quizá estaba asustada, que quizá todo aquello era demasiado grande para ambos. Y entonces tomó una decisión que repetiría muchas veces a lo largo de los años.

En lugar de quedarse donde estaba, en lugar de preguntarse qué necesitaba él, salió a buscarla. Bajo la lluvia, hacia aquel automóvil focus rojo, con la esperanza de convencerla de entrar, de convencerla de quedarse, de convencerla de habitar la casa que juntos habían planeado.

Mucho más tarde comprendería algo doloroso. Por varios años creyó que aquella noche había perdido una discusión. Pero no era eso, lo que había perdido era algo mucho más importante, había perdido el control de su propia vida.

Porque mientras caminaba bajo la lluvia rumbo a aquel automóvil, una parte de él ya sabía que estaba renunciando a algo, a la posibilidad de quedarse dentro de aquella casa vacía, a la posibilidad de llorar, a la posibilidad de sentirse herido, a la posibilidad de preguntarse si aquello era justo.

En lugar de eso hizo lo que sentía que mejor sabía hacer. Intentó reparar, intentó salvar, intentó sostener.

Y quizá fue aquella noche, mirando las gotas resbalar por el cristal de una ventana naranja en una casa diminuta del centro de la ciudad, cuando comenzó a confundirse el amor con la responsabilidad de evitar que todo se rompiera.

Aquella noche no eligió la casa, eligió perseguir a quien parecía querer abandonarla y sin darse cuenta comenzó a abandonar partes de sí mismo en el camino.

Días después, cuando la casa comenzó a parecer una casa y no solamente un conjunto de muros recién habitados, el Pinche Lobo mandó hacer una calcomanía para la sala.

No eligió una frase sobre el éxito, no eligió una frase sobre disciplina, no eligió una frase sobre trabajo: eligió algo mucho más revelador, algo que en aquel momento parecía una decoración y que después terminaría pareciendo una confesión.

In this house...

we do second chances,

we do kindness,

we do real,

we do mistakes,

we do I'm sorry,

we do laughter,

we do hugs and kisses,

we do family,

we do love.

La pegaron en una de las paredes de la sala y durante algún tiempo pasó frente a ella sin detenerse demasiado, como ocurre con las cosas importantes, uno convive con ellas hasta que deja de verlas.

Con los años volvería a leer aquellas palabras y descubriría algo que nunca había entendido del todo. Aquella calcomanía no describía la casa que tenían, describía la casa que necesitaba.

Una casa donde los errores no terminaran en abandono, donde las diferencias no terminaran en guerra, donde existieran segundas oportunidades, donde el cariño fuera más importante que tener razón, donde las personas permanecieran, donde una disculpa pudiera reparar un daño, donde los abrazos fueran más frecuentes que las despedidas, donde la palabra familia significara refugio y donde el amor no tuviera que ganarse todos los días.

Sin saberlo, había pegado su propio mapa sobre la pared. La descripción exacta del hogar que llevaba buscando desde niño.

La casa naranja terminó quedando atrás y durante algún tiempo creyó que aquello era una buena señal, porque la nueva casa parecía gigantesca. Tres habitaciones, cochera doble eléctrica, espacios amplios, una recámara principal con jacuzzi, para cualquiera podía ser simplemente una casa, para el Pinche Lobo parecía ser un palacio.

Quizá porque durante demasiado tiempo había aprendido a medir la felicidad en refugios y aquel refugio era más grande que cualquiera de los anteriores, pero había

detalles que comenzaron a incomodarlo, detalles pequeños, difíciles de explicar, el cuarto rosa estaba listo, siempre listo, perfectamente ordenado, perfectamente habitado, perfectamente esperado.

Y luego estaba el cuarto azul, el cuarto que imaginaba para César Alejandro, un escritorio, una computadora, una mesa, nada más. Nadie hablaba de ello, nadie discutía sobre ello, nadie parecía verlo. Pero él sí y lentamente comenzó a sentir que algo se movía bajo sus pies, como si aquella casa tuviera habitaciones para todos, pero no exactamente para él.

Poco tiempo antes había ocurrido una de las noches más felices que podía recordar, en los últimos días de la casa naranja había invitado a los padres de ella, aquellos que por un gran lapso de tiempo no le dirigían la palabra, había invitado a su madre, había preparado cada detalle y le había pedido ayuda para algo importante: el anillo. Su madre revisó entre sus pertenencias y apareció con una pequeña joya, un diamante discreto, suficiente, perfecto.

Aquella noche hubo mariachi, hubo risas, hubo lágrimas, hubo una niña llevando un anillo, hubo una familia que parecía comenzar a unirse y hubo una pregunta y una respuesta y un abrazo largo, de esos que parecen contener una vida entera.

Por eso la frase llegó como llegó, sin anuncio, sin preparación, sin contexto. Una tarde cualquiera, ya en la casa gris, como llegan las cosas que realmente cambian una historia. Para el momento en que soltó la frase, el Pinche

Lobo ya la había cargado por un tiempo, llevaba ya pesando en sus pulmones, su garganta, su lengua.

—¿Sabes? creo que mejor no quiero casarme, podemos seguir viviendo así, sin necesidad de un papel.

Y algo se rompió, no de golpe, no con ruido. Se rompió por dentro, como se rompen las vigas de una casa. Entonces apareció la primera gran tormenta, la primera pelea donde ya no discutían sobre una salida, sobre una visita, sobre una llamada, discutían sobre el futuro, sobre la promesa, sobre el significado mismo de lo que estaban construyendo.

Y otra vez apareció una frase conocida, una frase que comenzaba a perseguirlo.

—Me humillaste.

Lo que ocurrió después todavía le resulta difícil ordenarlo, recuerda la bofetada, recuerda la sorpresa, recuerda el baño, recuerda el anillo desapareciendo, recuerda el sonido de la descarga, recuerda los gritos, recuerda una rabia que no sabía dónde poner y recuerda algo más. Algo que todavía le incomoda, por primera vez la violencia no parecía venir solamente desde fuera.

Porque en medio de aquella desesperación también dirigió parte de ella contra sí mismo, como si quisiera sentir físicamente algo que pudiera explicar el dolor que llevaba dentro, como si el cuerpo pudiera traducir aquello que las palabras no alcanzaban a nombrar.

Mientras abandonaba la casa, el espejo estalló a su paso. Durante una fracción de segundo alcanzó a verse reflejado en los fragmentos, un rostro inflamado, un gesto irreconocible y alrededor de él, decenas de versiones rotas de sí mismo observándolo desde el suelo.

Aquella noche creyó que estaba dejando una casa, mucho después comprendería que también estaba dejando atrás una versión de sí mismo. La que todavía creía que el amor bastaba para mantener un hogar en pie.

Capítulo 5. La tormenta

Resulta curioso: la tormenta no comenzó el día de la primera bofetada, ni el día del anillo perdido, ni el día del espejo roto. La tormenta comenzó cuando todos creyeron que la historia estaba encontrando por fin su lugar.

La boda llegó apenas un mes antes de que llegara Matteo. Y fue exactamente como el Pinche Lobo la hubiera imaginado: pequeña, sencilla, sin grandes pretensiones.

En el Registro Civil número 1. El mismo lugar donde, décadas atrás, había sido registrado al llegar al mundo. Siempre le pareció curioso, como si la vida tuviera una extraña necesidad de cerrar círculos.

Después vino una ceremonia maya en la casa gris. Las madres, los amigos, la familia, su padre, su madre, César Alejandro. Pocas personas, pero las importantes.

Y durante unas horas todo pareció estar exactamente donde debía estar, como si el largo recorrido desde Sandra, desde Tamaulipas, desde la casa de la abuela, desde los inviernos y las huidas, hubieran valido la pena, como si finalmente hubiera llegado, como si al fin estuviera en casa.

Y entonces llegó Matteo.

Con Matteo ocurrió algo extraño, algo que nunca había sentido antes. Ya no se trataba únicamente de construir una vida, ahora tenía que construir un lugar donde otra vida pudiera crecer.

Y aquella idea comenzó a ocupar espacio en su cabeza, cada día, cada noche, cada decisión. Quiero que Matteo crezca en su propia casa.

La frase parecía sencilla, pero detrás de ella se escondían décadas enteras, porque no estaba hablando de ladrillos, no estaba hablando de escrituras, no estaba hablando de hipotecas, estaba hablando de permanencia. De raíces, de refugio, de pertenencia, de todo aquello que él mismo había pasado la vida buscando.

Así llegaron Las Terrazas, no una, dos casas, dos proyectos, dos futuros, dos apuestas. Años después sonreiría al recordar aquello, porque la vida suele esconder ironías donde uno menos las espera.

Las casas de Matteo, así las llamaba en silencio. Las casas donde nadie podría sacarlo, las casas donde tendría vecinos, amigos, juegos, un jardín, una infancia.

Las casas donde crecería sabiendo exactamente dónde estaba su hogar. Por primera vez en mucho tiempo el Pinche Lobo no estaba construyendo para sí mismo, estaba construyendo para alguien más.

Pero la vida siempre ha tenido una extraña forma de relacionarse con los planes del Pinche Lobo, a veces incluso parece disfrutar arruinándolos, fue entonces que perdió el trabajo. El empleo que había sostenido buena parte de aquella construcción, el empleo que le permitía sentirse seguro, el empleo que justificaba muchas de las certezas que tenía sobre sí mismo.

Y aunque el desempleo duró apenas unas semanas, en su memoria se convirtió en una estación completa, una eternidad. Porque el tiempo no se mide igual cuando uno tiene miedo.

La crisis económica comenzó a filtrarse en todos los rincones de la casa y lo que antes eran tensiones ocasionales comenzaron a transformarse en algo más constante, más pesado, más difícil de ignorar, hasta que un día escuchó una frase, una de esas frases que parecen pequeñas para quien las pronuncia y enormes para quien las recibe.

—Cuando ganes dinero podrás opinar.

La frase cayó donde más dolía, no en el bolsillo, en la identidad. Porque el Pinche Lobo podía soportar muchas cosas, pero en aquel momento sentía que estaba fallando precisamente en aquello que más deseaba ser: un padre.

Por las noches seguía cargando a Matteo, lo acostaba sobre su pecho, escuchaba su respiración, esperaba a que se quedara dormido y mientras lo observaba, aparecía una sensación que nunca terminaba de nombrar.

Porque una parte de él se sentía inmensamente feliz y otra se sentía terriblemente pequeña, como si pudiera sostener a su hijo, pero no al mundo que intentaba construir para él.

Y casi a tirones llegó la noticia de Maia, casi como había llegado Matteo, en medio de una reconciliación, en medio de una tregua, en medio de una promesa de que esta vez las cosas serían distintas.

El Pinche Lobo siempre sostuvo una teoría que nadie parecía compartir, decía que Matteo había sido planeado y que Maia también. Le gustaba pensarlo, le gustaba imaginar que era uno de esos pocos padres capaces de señalar en un calendario el día exacto en que habían comenzado sus hijos.

Aquello le producía una felicidad difícil de explicar, como si hubiera logrado construir algo deliberadamente en una vida que muchas veces parecía gobernada por el caos.

Pero la llegada de los niños no estaba logrando reparar aquello que se rompía entre ellos, las discusiones seguían ahí. Más silenciosas, más constantes, más previsibles.

Como si ambos supieran que tarde o temprano volverían a encontrarse en el mismo lugar. Esperando el momento exacto para lastimarse otra vez.

Y una noche, agotado, pronunció una frase que ya había pronunciado otras veces.

—No puedo más. Quiero irme.

Lo que ocurrió después permanece inmóvil en su memoria, como una fotografía o una habitación donde el tiempo dejó de avanzar.

—Si te vas, voy a abortar a tu hija.

Y entonces todo se detuvo, la conversación, la casa, las Terrazas, el futuro, los planes, el aire. Durante años intentó entender aquella frase, intentó encontrarle contexto,

intentó explicarla mediante el enojo, mediante el miedo, mediante el dolor.

Quizá fue el coraje, quizá fue la desesperación, quizá fue una amenaza pronunciada en un instante imposible. No lo sabe.

Lo único que sabe es que algo cambió. Porque a partir de aquella noche comenzó a sentir que ya no discutían únicamente sobre ellos, ahora había algo más en juego y cuando una amenaza alcanza a los hijos, las heridas dejan de ocupar el mismo lugar.

Recuerda haber permanecido ahí, quieto, sin saber qué responder, sin saber qué pensar, sin saber siquiera qué sentir y aunque la vida continuó, aunque Maia llegó, aunque hubo fotografías, cumpleaños, escuelas, vacaciones. Algo ya no volvió a sentirse igual, ni la risa, ni las manos, ni los abrazos, ni el silencio.

Como si una puerta invisible hubiera terminado de cerrarse aquella noche y como si una parte del Pinche Lobo hubiera comprendido, por primera vez, que algunas palabras no desaparecen después de ser pronunciadas.

"Se congeló el tiempo, se congeló la casa, se congelaron las casas de Las Terrazas."

Aún no sabe si aquella noche nació alguien nuevo, pero sí sabe que alguien murió, murió el Pinche Lobo que todavía creía que podía resolverlo todo, murió el que pensaba que cada herida podía repararse, murió el que seguía

convencido de que el amor, por sí solo, terminaría encontrando el camino de regreso.

Y en su lugar apareció otro: más herido, más desconfiado, más cansado. Uno que quería apretar los dientes y seguir adelante como siempre lo había hecho, pero que ya no podía.

Porque algo se había roto demasiado profundo. A partir de entonces comenzó a ocurrir algo extraño: cada vez que algo le dolía intentaba hacerse más grande, más fuerte, más resistente, más temible.

Como si pudiera construir una armadura lo suficientemente gruesa para que nada volviera a atravesarlo, pero cada nueva capa terminaba produciendo el efecto contrario. Porque cuanto más grande intentaba parecer, más pequeño se sentía por dentro y cuanto más fuerte intentaba verse, más miedo descubría dentro de sí.

Perdió cosas. Muchas. Perdió la facilidad para sonreír, perdió cierta ligereza, perdió una parte de la inocencia con la que había llegado a la relación, perdió la capacidad de creer sin reservas. Sin embargo, desde afuera casi nadie lo notó.

Seguía teniendo amigos, seguía trabajando, seguía haciendo bromas, seguía construyendo proyectos, seguía levantándose cada mañana. Como hacen muchas personas cuando se están rompiendo, en silencio, a escondidas, sin hacer demasiado ruido.

A veces pensaba que lo que quedaba entre ellos era un amor quemado, no extinguido, no muerto: quemado.

Como esos incendios que parecen apagados, pero continúan consumiendo madera por dentro durante semanas. Mientras intentaba comprender todo aquello apareció una idea, una obsesión, una salida, una misión.

Si no podía salvar la relación, quizá todavía podía salvar el futuro de sus hijos. Entonces decidió hacer algo que lo aterraba: abrir su propia empresa. Durante días pensó en nombres, los escribió, los borró, los volvió a escribir, hasta que apareció uno.

Wireless.

Con punto final.

Wireless.

Casi nadie notó un detalle que para él resultaba importante.

La W.

Aquella letra escondía una M invertida, una pequeña clave privada, un mensaje silencioso: Matteo, Maia. Todo esto lo haces por ti, pensaba, pero sobre todo por ellos.

Porque si algo había aprendido de la vida era que los hogares no se construyen solamente con amor, también se construyen con trabajo, con riesgo, con sacrificio, con la decisión de levantarse cuando sería más fácil quedarse en el

suelo. Para asegurarse de que esta vez no retrocedería, tomó otra decisión.

Se tatuó sus nombres, no por estética, no por romanticismo. Por memoria. Para que cada vez que sintiera miedo, cada vez que quisiera abandonar, cada vez que dudara, pudiera mirar sus brazos y recordar exactamente por quién estaba peleando.

Todavía quedaba una última advertencia, una última puerta, una última oportunidad de dar marcha atrás.

—Si te sales de trabajar y empiezas esta aventura, te voy a dejar.

El silencio que siguió fue distinto a todos los anteriores, porque por primera vez la respuesta no nació del miedo, ni de la culpa, ni de la necesidad de reparar. Nació de un lugar completamente diferente, uno que llevaba años intentando encontrar.

—Si te vas a ir, vete. No me voy a detener hasta tener algo que darles a mis hijos.

Y por primera vez en mucho tiempo no salió corriendo detrás de nadie, no intentó convencer, no intentó reparar, no intentó negociar. Simplemente siguió caminando.

El Pinche Lobo siempre creyó que la libertad tendría un sabor dulce, que llegaría acompañada de alivio, de paz, de una sensación de ligereza. Se equivocaba, la libertad llegó

como llegan algunas tormentas. Sin pedir permiso, sin explicaciones, sin promesas.

Y aquella tarde, mientras salía del estudio con los nombres de Matteo y Maia recién tatuados en la piel, creyó que estaba preparándose para una guerra.

Una guerra contra el mundo, contra la incertidumbre, contra la posibilidad de fracasar, contra las estadísticas que aseguran que la mayoría de las empresas mueren antes de aprender a caminar, contra la pobreza, contra el miedo, contra el destino.

Pensó que la batalla estaría allá afuera, en las calles, en las oficinas, con los clientes, en las cuentas por pagar, en las noches sin dormir. No imaginó que el verdadero campo de batalla estaba en otro lugar, más cerca, mucho más cerca. Dentro de casa, dentro de él.

Porque cuando por primera vez dijo:

"Si te vas a ir, vete."

No sólo estaba hablando con ella, también estaba rompiendo un pacto antiguo. Uno que había firmado siendo niño. El pacto de quedarse, el pacto de soportar, el pacto de renunciar a sí mismo para evitar que otros se marcharan.

Y cuando ese pacto se rompió, algo reaccionó. Como reaccionan las heridas cuando uno intenta cerrarlas, como reaccionan las cadenas cuando alguien intenta quitárselas, como reaccionan las viejas historias cuando uno deja de obedecerlas.

La guerra había comenzado y por años creyó que luchaba por construir algo: una empresa, un patrimonio, un futuro, una vida mejor para sus hijos. Mucho después comprendería que al mismo tiempo estaba ocurriendo otra batalla, más callada, más cruel, más íntima, una batalla destinada a destruir todo aquello que ya no podía seguir existiendo. Porque algunas veces, antes de construir una casa nueva, hay que aceptar que la anterior se está derrumbando.

Y ninguna demolición ocurre sin ruido.

Capítulo 6. El ojo de Odín

Wireless. había costado mucho más de lo que cualquiera alcanzaba a ver, había costado noches, había costado miedo, había costado orgullo, había costado aceptar ayuda cuando no quería aceptarla.

Y también había costado concesiones. Por mucho tiempo los ingresos de la empresa se facturaban a través de ella, el dinero llegaba a sus cuentas, aquello parecía práctico, temporal, una decisión tomada en pareja, como tantas otras.

Pero conforme pasaron los años, la tranquilidad siguió alejándose, las discusiones se volvieron más frecuentes, más intensas y también más difíciles de comprender.

Casi todas terminaban girando alrededor del mismo tema: las infidelidades. Infidelidades que el Pinche Lobo no entendía de dónde salían, que si tenía una relación con Caro, que las vecinas, que una doble vida, que si por las noches salía de casa sin que nadie lo notara.

Aquello empezó a producirle algo distinto al enojo: miedo. Porque algunas acusaciones parecían tan alejadas de la realidad que no sabía cómo responderlas, a veces incluso llegó a preguntarse si algunas de aquellas historias nacían de sueños que después se confundían con recuerdos. No lo sabía.

Lo único que sabía era que cada nueva explicación parecía empeorar las cosas. Durante una temporada intentó

hacerse pequeño, más pequeño. No mirar, no hablar demasiado, no llamar la atención, no dar motivos.

Como si pudiera desaparecer de los lugares donde nacían los conflictos. Pero eventualmente también se cansó. Y cuando Wireless. comenzó a caminar por sí sola, apareció algo que llevaba mucho tiempo enterrado.

Tiempo. Por primera vez en años tenía algo de tiempo y entonces volvió al gimnasio, volvió a entrenar, contrató un nutriólogo, comenzó a recuperar fuerza, comenzó a recuperar disciplina, comenzó a recuperar partes de sí mismo.

Mientras muchas cosas se rompían por dentro, algo más empezaba a despertar, una llama pequeña, todavía tímida, pero viva y quizá por eso lo que ocurrió después resultó tan difícil de entender. Porque sucedió justo cuando empezaba a sentirse mejor.

La fuente de Mimir

Recuerda perfectamente aquella tarde.

Sus hijos veían la televisión, él caminó frente a ellos, una pequeña basura cayó en su ojo derecho, nada importante, nada extraordinario, se frotó el ojo, volteó hacia la pantalla y entonces ocurrió. Todo era blanco, no una imagen borrosa, no una sombra, no una figura deformada, blanco, un rectángulo brillante, intenso, vacío, desconcertante.

Se quedó mirando algunos segundos, intentando comprender y entonces preguntó:

—¿Por qué están viendo un cuadro blanco?

Los niños lo miraron confundidos.

—Papá... estamos viendo caricaturas.

Pero él no veía caricaturas, no veía colores, no veía personajes, no veía movimiento, no veía nada. Por primera vez en mucho tiempo sintió un miedo distinto a todos los anteriores.

Un miedo que no hablaba del amor, ni del matrimonio, ni del dinero, ni del futuro. Un miedo que hablaba de algo mucho más básico, mucho más primitivo, mucho más radical: la posibilidad de perder la luz.

Aquella noche decidió dejarlo para el día siguiente, todavía tenía una junta con Diego, un cliente, una reunión más, una conversación más, una de esas obligaciones pequeñas que siguen existiendo incluso cuando el mundo parece estar desmoronándose.

Terminó la reunión intentando aparentar normalidad, asintiendo, sonriendo cuando correspondía, tomando notas, como si nada estuviera ocurriendo, como si la mitad de su visión no acabara de desaparecer.

Al salir pasó a una de aquellas ópticas que suelen encontrarse dentro de las plazas comerciales, Hacía poco tiempo que le habían puesto lentes, vista cansada le dijeron, quizá era eso, quizá la graduación había cambiado, quizá solamente necesitaba otros cristales, quizá todo tenía una explicación sencilla.

El técnico comenzó la revisión, la misma máquina, los mismos movimientos, los mismos lentes intercambiándose uno detrás de otro.

—¿Mejor?

No.

—¿Y así?

No.

—¿Ahora?

No.

El hombre continuó trabajando algunos minutos, más lentes, más intentos, más silencio, hasta que finalmente dejó de buscar. Porque ya no había nada que buscar.

No veía letras, no veía figuras, no veía cuadros, veía únicamente un brillo blanco, intenso, insoportable, vacío.

—No sé qué pueda estar pasando. Deberías ir con un oftalmólogo.

Y así lo hizo. Cerca de la oficina estaba la Clínica de los Ojos, otra sala de espera, otra máquina, otra revisión, la misma sensación, la misma nada, la misma luz. Una de las asistentes mencionó algo acerca de esteroides, lo dijo de manera casual, mecánica, como quien comenta el clima.

El Pinche Lobo apenas alcanzó a pensar:

"¿Cuáles esteroides?"

Ni siquiera sabía hacia dónde dirigir las preguntas.

Llegaron más estudios, otra clínica, más resultados, más palabras nuevas. Dilatación de pupila, derrame, lesión, estrés, ansiedad, derrame en ambos ojos, uno especialmente comprometido. Ansiolíticos. Derrame por estrés.

Aquella frase le pareció absurda, un derrame por estrés, como si la tristeza pudiera convertirse en algo físico, como si los años pudieran acumularse dentro del cuerpo hasta encontrar una grieta por donde escapar.

Al salir hizo algo extraño o quizá no tan extraño. Fue a comprar tenis para los niños, porque pocas cosas le producían tanta felicidad como comprar tenis para Matteo y Maia, a veces pensaba que los padres también tienen refugios y ése era uno de los suyos.

Luego buscó una segunda opinión.

Porque las personas buscan segundas opiniones cuando todavía conservan esperanza y él todavía la conservaba. Google decía que existían posibilidades, porcentajes, casos favorables, recuperaciones, pequeñas rendijas por donde seguir creyendo. Así llegó al consultorio del especialista en lesiones maculares.

El médico revisó los estudios, uno por uno, con calma, sin dramatismo. Luego levantó la vista y preguntó:

—¿Qué te gusta hacer?

La pregunta lo tomó desprevenido, no parecía una pregunta médica, tardó unos segundos en responder.

—Me gusta ir al gimnasio. Me gusta viajar. Me gusta ver a mis amigos.

El médico asintió, como si aquella respuesta confirmara algo.

—De hoy en adelante vas a hacer exactamente eso. Si algo te estresa, déjalo. No lo hagas. Así de fácil.

El Pinche Lobo todavía no entendía. Seguía esperando otra explicación, otra medicina, otro procedimiento, otra salida.

Entonces preguntó:

—¿Con eso voy a recuperar la vista?

El médico guardó silencio unos segundos para después responder:

—No. Con eso no vas a perder la vista del otro ojo. El izquierdo no se va a recuperar.

Después recuerda muy poco. Un zumbido. El consultorio alejándose. La sensación de que las palabras seguían resonando en algún lugar.

"No se va a recuperar."

"No se va a recuperar."

"No se va a recuperar."

Recuerda una historia sobre una lavadora y ropa húmeda, recuerda escuchar llanto, recuerda verla llorar, recuerda intentar consolarla. Y esa parte todavía le resulta difícil de entender, porque el mundo acababa de volverse más oscuro para él y aun así estaba intentando sostener a alguien más. Como tantas veces. Como casi siempre.

Años enteros después seguiría preguntándose qué era exactamente lo que estaba ocurriendo en aquel consultorio, qué era lo que se había roto realmente, si el dolor nacía de perder la vista o de escuchar, por primera vez de manera irrefutable, que debía recuperar el control de su propia vida para conservar lo poco que todavía le quedaba.

Porque quizá la lesión no estaba solamente en el ojo, quizá llevaba mucho tiempo extendiéndose por otros lugares y aquel médico, sin saberlo, acababa de señalar la herida correcta.

Aquella noche quiso ver a sus amigos, a Julio, a Luis. No porque esperara soluciones, no porque esperara consejos, simplemente porque hay noches en las que uno necesita estar cerca de quienes conocen su nombre desde antes de todas las heridas.

Necesitaba un abrazo o quizá solamente comprobar que seguía perteneciendo a algún lugar.

También la invitó a ella, porque todavía existía un nosotros o al menos la esperanza de uno.

Y la noche transcurrió como transcurren muchas noches importantes, aparentemente normal, hubo conversaciones, hubo risas, hubo comida, hubo bebida, hubo momentos en que incluso parecía olvidar lo ocurrido durante el día.

El Pinche Lobo seguía sonriendo.

Todavía sabía hacerlo, lo había practicado durante años, pero debajo de aquella sonrisa estaba ocurriendo otra cosa, algo se estaba acomodando lentamente dentro de él, como una pieza que encuentra su lugar después de mucho tiempo, como una verdad que lleva años esperando el momento correcto para salir.

Y finalmente salió. No fue un discurso, no fue una confrontación, ni siquiera levantó la voz, las palabras llegaron desde muy lejos, como si hubieran tenido que atravesar años enteros para llegar hasta su boca.

—La gente dice que daría un ojo por la persona que ama.

Hizo una pausa, miró su vaso, sonrió apenas y continuó.

—Yo lo acabo de hacer y creo que nadie debería dar un ojo por nadie.

El silencio que siguió fue pequeño, tan pequeño que probablemente nadie más lo recordó después. Pero el Pinche Lobo sí.

Porque mientras pronunciaba aquellas palabras comprendió algo que llevaba demasiado tiempo intentando no comprender, que amar no debería costar partes de uno mismo.

Ni la vista, ni la voz, ni la dignidad, ni la paz, ni la libertad, ni la identidad.

Y aunque todavía no podía nombrarlo con claridad, algo acababa de cambiar, por primera vez no estaba intentando reparar, no estaba justificando, no estaba minimizando, no estaba buscando explicaciones, estaba diciendo una verdad: su verdad.

Y las verdades tienen consecuencias, a veces inmediatas, a veces lentas, a veces devastadoras, aquella noche no terminó una relación, no terminó un matrimonio, no terminó una familia. Pero sí terminó una forma de mirar el mundo.

Porque hasta entonces el Pinche Lobo había creído que amar significaba sacrificarse. A partir de esa noche comenzó a preguntarse si amar también debía incluir la capacidad de permanecer entero y fue justo ahí, no en la primera bofetada, no en el anillo perdido, no en las acusaciones, no en la lesión macular. Justo ahí.

En una mesa rodeada de amigos, con una sonrisa cansada, con un ojo menos y con una verdad recién nacida donde comenzó la guerra.

Y, sin embargo, no todo fue oscuridad, porque junto con el miedo apareció algo inesperado: la gente, sus padres, sus amigos.

Las personas que llevaban años caminando cerca de él sin que terminara de darse cuenta, su madre llamó, su padre llamó. Por un instante dejaron de ser dos personas separadas por la historia y volvieron a ser solamente unos padres preocupados por su hijo.

Julio estuvo ahí, Luis estuvo ahí, José llegó a la oficina y todavía recuerda sus ojos y sus palabras.

Recuerda el miedo, recuerda verlo llorar, recuerda escucharlo decir con cierta prisa:

—Te tengo que sacar de aquí, te me vas a morir.

Aquella frase lo desconcertó, porque nadie le había dicho algo parecido en mucho tiempo, nadie parecía estar intentando rescatarlo y sin embargo ahí estaba.

Un amigo, llorando, preocupado, rogándole que se cuidara, que era el momento de irse.

Aquello produjo una revelación incómoda, porque durante años el Pinche Lobo había pensado que el problema era que nadie se preocupaba por él, pero no era del todo cierto, la evidencia estaba frente a sus ojos o al menos frente al ojo que todavía conservaba.

La gente sí se preocupaba, la gente sí lo quería, la gente sí estaba asustada, la gente sí veía el daño. Entonces, ¿por qué seguía sintiéndose tan abandonado?

Y la respuesta comenzó a aparecer lentamente, dolorosamente, tal y como aparecen las verdades importantes, porque las dos personas que menos consideración parecían tener por él eran precisamente quienes vivían dentro de la tormenta.

Ella.

Y él.

Llevaba mucho tiempo observando con atención todas las maneras en que los demás podían lastimarlo, pero casi nunca se había detenido a observar cómo se lastimaba a sí mismo, cómo ignoraba el cansancio, cómo justificaba el dolor, cómo negociaba con lo innegociable, cómo permanecía en lugares donde una parte de él ya no quería estar, cómo seguía entregando partes de sí mismo con la esperanza de reparar algo, cómo llamaba amor a cosas que, vistas desde la distancia, parecían más cercanas al sacrificio.

Y entonces apareció una idea nueva, una idea incómoda, tal vez el problema no era solamente la falta de consideración que recibía, tal vez también era la falta de consideración que él mismo se tenía.

Fue entonces cuando encontró a Odín o quizá fue Odín quien lo encontró a él.

La historia contaba que el viejo dios había entregado uno de sus ojos para beber de la fuente de la sabiduría, de niño aquella historia le parecía absurda. ¿Quién entregaría un ojo voluntariamente? ¿quién aceptaría semejante precio?

Después de perder la visión del suyo comenzó a entender mejor la pregunta, porque nadie entrega un ojo para ver menos, lo entrega para ver algo que antes permanecía oculto y el Pinche Lobo comenzaba a sospechar que la pérdida le estaba enseñando cosas que jamás habría podido aprender de otra manera.

Capítulo 7. La guerra

Por paradójico que parezca, la guerra no comenzó cuando el Pinche Lobo empezó a destruirse, comenzó cuando empezó a cuidarse.

Durante mucho tiempo creyó que, si lograba convertirse en una mejor versión de sí mismo, también mejoraría la relación. Pensó que, si aprendía a escuchar mejor, si dejaba de reaccionar impulsivamente, si hacía ejercicio, si iba a terapia, si meditaba, si leía más, si dormía mejor, si encontraba paz dentro de él, entonces también encontrarían paz juntos.

Era una idea profundamente honesta pero profundamente equivocada. Porque mientras él intentaba reconstruirse, aquello que durante años había mantenido un cierto equilibrio comenzó lentamente a romperse.

La terapia le enseñó a poner nombre a emociones que antes callaba, el gimnasio le devolvió una confianza que hacía muchos años no sentía, la meditación le enseñó a detenerse antes de reaccionar, las caminatas a solas le regalaron conversaciones consigo mismo.

Los libros comenzaron a hacerle preguntas incómodas y las conversaciones difíciles dejaron de darle tanto miedo.

Pensó que todo aquello salvaría esa relación. Nunca imaginó que, precisamente, eso sería el principio del fin.

Porque algunas relaciones sobreviven mientras una de las personas permanece convencida de que todo es culpa suya. Cuando el Pinche Lobo dejó de creerlo, algo cambió para siempre.

El Pinche Lobo creyó que estaba aprendiendo a salvar su matrimonio. En realidad, estaba aprendiendo a salvarse a sí mismo. Durante un tiempo no supo que ambas cosas podían ser incompatibles.

Todo aquello que imaginó que traería paz terminó produciendo exactamente lo contrario, porque mientras él comenzaba lentamente a reconstruir partes de sí mismo, las hostilidades parecían crecer, las acusaciones cambiaban de forma, mutaban, se transformaban. Primero había sido un mujerigo. Luego un hombre con una doble vida. Después un hombre con varias.

Más adelante incluso un homosexual que escondía otra existencia secreta detrás de la visible, el contenido variaba, la sensación era siempre la misma, la sospecha, la vigilancia, la necesidad permanente de defender algo que no terminaba de comprender.

Y entonces llegó la noche del fútbol, la noche de ir con sus amigos al estadio. Una noche cualquiera, una de tantas, como ya habían pasado varias.

Una noche que parecía demasiado pequeña para terminar convirtiéndose en un recuerdo imborrable.

Recuerda haberse preparado para salir, recuerda ponerse la playera que recién había comprado, pero también recuerda escuchar una frase.

—No puedes ir. No tienes permiso.

Aquella palabra llamó su atención: permiso, durante años habría intentado negociar, explicar, convencer, retroceder, aquella noche respondió algo distinto, algo que ni siquiera sonó agresivo, sonó simplemente verdadero.

—No estoy pidiendo permiso.

Lo siguiente ocurrió demasiado rápido, la vio acercarse. No era la primera vez, pero algo dentro de él ya sabía que sería la última.

El cuerpo reaccionó antes que la mente, levantó el brazo izquierdo, por reflejo, por instinto, por miedo, por aprendizaje. Todavía hoy no sabe exactamente por qué.

Quizá porque estaba cansado de recibir golpes, quizá porque el cuerpo recuerda cosas que la conciencia tarda años en entender, quizá porque simplemente quiso protegerse.

Entonces escuchó el impacto, un golpe seco y después otro sonido. Uno que no esperaba. Metal contra piso.

El cuchillo.

Y otra vez el tiempo hizo lo que tantas veces había hecho en la vida del Pinche Lobo, se congeló, se congeló la

casa, se congeló el aire, se congeló la noche, se congeló la sonrisa.

Miró el cuchillo, luego la miró a ella y por primera vez no vio enojo, no vio reproche, no vio hostilidad. Vio miedo, un miedo inmenso, desbordado, como si ambos hubieran llegado de golpe a un lugar donde ninguno quería estar, como si la escena completa se hubiera salido de control, como si algo hubiera cruzado una frontera invisible.

Durante un instante pensó que debía estar furioso, que debía gritar, que debía responder, que debía hacer algo, pero no hizo nada...

Simplemente observó el cuchillo. Lo recogió, se lo extendió, ella no lo tomó. Entonces dijo algo que todavía hoy le cuesta entender, algo que parecía venir de una versión mucho más antigua de sí mismo, de aquella que aprendió a soportar, de aquella que aprendió a quedarse, de aquella que todavía confundía amor con sacrificio.

—Lo siento. Si quieres volver a intentarlo, no voy a cubrirme esta vez.

Y en ese instante comprendió algo doloroso, por más terapia que hubiera hecho, por más libros que hubiera leído, por más músculos que hubiera ganado, por más kilómetros que hubiera corrido, por más meditación: El viejo Pinche Lobo seguía ahí. Agazapado. Herido. Esperando.

Convencido de que el precio del amor era ofrecerse una vez más al dolor.

A los pocos días de aquella noche, mientras lejos de su vista comenzaba a escribirse otra historia, el Pinche Lobo empezó a quebrarse, no hubo un estruendo, no hubo una escena definitiva.

Sólo esa forma silenciosa en que algunas personas dejan de sostenerse por dentro, mientras por fuera todavía parecen de pie.

Una noche el sueño no llegó, las horas pasaban, la casa permanecía inmóvil, el silencio se volvía cada vez más pesado y entonces hizo algo que ni siquiera hoy termina de comprender del todo. Fue a la cocina, tomó el cuchillo, aquel mismo cuchillo, el mismo que años después seguiría mezclado entre cucharas, tenedores y utensilios cotidianos, lo llevó consigo a la otra habitación, lo dejó sobre el piso y se sentó a observarlo.

Nada más, horas enteras. El cuchillo ahí. Él ahí. Y una tristeza tan grande que ya no alcanzaba a distinguir dónde terminaba el amor y dónde comenzaba el dolor.

La cortada de su brazo todavía estaba fresca, la guerra también, la pérdida del ojo también, la sensación de fracaso también y por primera vez en mucho tiempo sintió miedo de sí mismo.

No porque quisiera morir, sino porque ya no sabía cómo seguir viviendo.

Ella llamó a su madre, le explicó que algo no estaba bien y probablemente tenía razón. Porque no estaba bien, nadie que pase una noche completa sentado frente a un

cuchillo mientras intenta entender cómo se derrumbó su vida está realmente bien.

Su madre hizo lo único que supo hacer, lo llevó a internar de emergencia. Y entonces ocurrió algo inesperado, porque el Pinche Lobo había pasado gran parte de su vida temiendo terminar en un lugar así, temiendo que lo consideraran roto, temiendo que lo consideraran loco, temiendo confirmar todos los adjetivos que había escuchado alguna vez, muchas veces de sí mismo.

Pero la realidad fue distinta, sorprendentemente distinta. Le preguntaron qué ocurría y por primera vez en mucho tiempo alguien pareció dispuesto a escuchar la respuesta, no a corregirla, no a discutirla, no a negarla. Escucharla.

La respuesta salió sencilla, sin adornos, sin metáforas, sin defensas.

—Estoy profunda y terriblemente triste.

Y era verdad, profundamente triste, triste porque estaba perdiendo a su esposa, triste porque estaba perdiendo el hogar que había intentado construir, triste porque el futuro que había imaginado ya no existía, triste porque había llegado al final de un nosotros que llevaba años intentando salvar.

Los especialistas escucharon, con la solemnidad del caso, tomaron notas, preguntaron algunas cosas más y finalmente dijeron algo que nunca esperó escuchar, algo tan sencillo que casi parecía absurdo.

—Es normal. Estás viviendo un duelo. Sufre. Y luego vuelve a vivir - dijeron los psiquiatras, dijeron o eso pensó que dijeron.

Aquella frase lo acompañaría a través de demasiado tiempo en su vida, porque nadie le habló de enfermedad, nadie le habló de locura, nadie le habló de estar roto, le hablaron de pérdida y la pérdida era algo que conocía desde niño.

Días después tomó una decisión que ya parecía parte de su naturaleza, hizo lo mismo que había hecho a los doce años, lo mismo que había hecho cada vez que el mundo se volvía demasiado pesado: buscó el norte, buscó refugio, buscó distancia, buscó aire.

Y una vez más el camino terminó apuntando hacia Tamaulipas, como si algunas heridas insistieran en regresar al lugar donde comenzaron.

Donde terminan los caminos

Por segunda vez en su vida, el Pinche Lobo tomó camino hacia el norte, la primera vez tenía doce años, la segunda ya era un hombre o al menos eso decía el calendario. La primera vez huía de los demás, la segunda, aunque tardaría mucho tiempo en admitirlo, intentaba huir de sí mismo.

Porque cuando alguien se está ahogando no piensa en salvar el barco, piensa en encontrar aire y en aquellos días necesitaba aire desesperadamente.

El dolor más grande era Matteo.

Y Maia.

Porque por primera vez entendía algo que nunca había querido aceptar: no podía seguir cargándolos mientras intentaba mantenerse a flote, la idea le producía culpa, una culpa inmensa, pero también una claridad extraña. Si quería volver a ser un refugio para ellos, primero tenía que encontrar un lugar donde dejar de hundirse.

Entonces escribió el mensaje, el mismo mensaje que, de una forma u otra, llevaba escribiendo toda su vida.

- "Car... necesito ir a visitarlos. ¿Pueden recibirme unos días?"

La respuesta llegó rápido, como llegan las respuestas cuando uno pregunta a quienes siempre han estado ahí.

- "Esta es tu casa. Cuando gustes."

Preparó el viaje pensando que iría solo, lo necesitaba, quería escucharse, quería perderse un poco para ver si lograba encontrarse, pero la vida tenía otros planes.

Y lo que comenzó como una fuga terminó convirtiéndose en un reencuentro. Con su madre.

Nunca terminó de saber si ella lo acompañó por amor, por preocupación o por miedo. Quizá por las tres cosas al mismo tiempo, después de todo, acababa de salir de una crisis mental, acababa de perder la vista de un ojo, acababa

de despedirse de una vida que llevaba años intentando sostener. Tal vez cualquier madre habría tenido miedo.

Y así emprendieron el camino, doce horas de ida, doce horas de vuelta, veinticuatro horas suspendidas entre dos ciudades, entre dos vidas, entre dos versiones del Pinche Lobo.

Al paso del tiempo descubriría algo curioso, recuerda mucho más los trayectos que el destino: las conversaciones, las gasolineras, las paradas a fumar, la carretera interminable, la música, los silencios, los recuerdos que aparecían sin ser invitados, las historias de infancia, las explicaciones, las preguntas que llevaban décadas esperando una respuesta.

Por primera vez habló con su madre como se habla con otra persona adulta, no como hijo, no como acusador, no como víctima, sino como alguien que intenta comprender.

Ella hablaba de valentía, de decisiones difíciles, de separaciones, de caminos que a veces parecen inevitables y él asentía. Escuchaba, comprendía, incluso coincidía. Pero había algo que no decía. Porque todavía tenía miedo, muchísimo miedo, miedo de perderla, miedo de perder a los niños, miedo de perder la familia, miedo de perder la casa, miedo de perder Wireless, miedo de perderse a sí mismo.

Y, sin embargo, por unas horas, el miedo descansó. Quizá porque la carretera tiene algo de confesionario, algo de terapia, algo de refugio. Quizá porque cuando uno conduce durante doce horas seguidas termina dejando atrás

algunas máscaras o quizá porque, después de tantos años, madre e hijo finalmente estaban hablando el mismo idioma.

De regreso trajo regalos, como siempre. Porque el Pinche Lobo tenía una costumbre, cuando no sabía cómo reparar algo, regalaba cariño y el cariño a veces llegaba convertido en tenis, a veces en juguetes, a veces en detalles absurdamente específicos.

Se acercaba el cumpleaños de Matteo y le dolía haber estado lejos, le dolía no estar ahí, le dolía perderse momentos que jamás regresarían. Sabía exactamente qué quería su hijo, pero también decidió regalarle algo más, algo suyo, algo que venía directamente de aquel niño que todavía seguía escondido en alguna parte, un Goku articulado, de colección.

Y durante todo el regreso alimentó una ilusión, una ilusión hermosa y a la vez peligrosa. Porque ya estaba todo hablado, todo prometido, todo perdonado, mensajes, disculpas, nuevos comienzos, nuevas oportunidades y promesas.

Mientras el automóvil avanzaba rumbo a Guadalajara, el Pinche Lobo volvió a permitirse soñar, soñó con la familia, soñó con la paz, soñó con el fin de las hostilidades, soñó con tardes sencillas, domingos cualesquiera, plazas comerciales, cumpleaños, fotografías, risas. Nada extraordinario.

Solamente vida. La clase de vida que siempre había querido, la clase de vida que parecía estar siempre a una conversación de distancia, a una reconciliación de distancia, a una última oportunidad de distancia.

Y mientras observaba la carretera perderse en el horizonte, creyó sinceramente que estaba regresando a casa.

Interludio III: Las pinches noches

Hubo una época en que el Pinche Lobo estaba convencido de que el mundo era suyo, no era arrogancia. O quizá sí.

Pero era la arrogancia luminosa de la juventud, esa que permite caminar por la vida sin medir demasiado las consecuencias, convencido de que nada verdaderamente malo puede sucederte.

Aquellas fueron las pinches noches.

Noches de preparatoria, noches de universidad, noches de amigos, noches en que la ciudad parecía demasiado pequeña para contener todas las historias que querían vivir.

Una de ellas comenzó con Luis, el más fiel de los amigos del Pinche Lobo, uno de esos amigos que aparecen pocas veces en la vida y que, cuando aparecen, terminan convirtiéndose de a poco en familia.

Aquella noche decidieron colarse a una fiesta, ni siquiera recuerda de quién era, había conocidos, había desconocidos, había música, había alcohol, había risas. Y eso era suficiente.

Porque a esa edad el mundo entero parecía una invitación abierta.

Entraron, se mezclaron entre la gente, hablaron con unos, rieron con otros, inventaron amistades momentáneas, contaron historias que probablemente ya habían contado antes.

Y durante algunas horas todo pareció exactamente como debía ser, la noche era joven, la aventura también. Y el Pinche Lobo llevaba encima una certeza que con los años terminaría perdiendo: la certeza de ser invencible.

Luis era distinto, mientras el Pinche Lobo ocupaba espacio, Luis parecía desaparecer dentro de él. Alto, de apariencia dura, incluso intimidante, pero silencioso, reservado, capaz de pasar desapercibido en cualquier lugar.

Era curioso, quien no los conocía habría pensado que el peligro era Luis, sin embargo, era el Pinche Lobo quien siempre estaba dispuesto a correr hacia él.

En algún momento salieron a la calle, habían aprendido a fumar juntos poco tiempo atrás, quizá para parecer más rebeldes, quizá para parecer más adultos, quizá simplemente porque todos los demás lo hacían. Todavía no entendían que la valentía y los cigarrillos rara vez tienen algo que ver entre sí.

La conversación se interrumpió cuando apareció un tipo, no recuerda su rostro, no recuerda su nombre, ni siquiera recuerda su voz, solo recuerda la sensación.

—¿Con quién vienen? ¿quién los invitó?

Nada extraño, nada que no hubieran escuchado antes, la típica discusión que aparece en cualquier fiesta, la típica manera de reclamar territorio, la típica demostración de fuerza. Luis intentó responder, o quizá no, era difícil saberlo, Luis casi nunca respondía demasiado.

Entonces ocurrió. El hombre metió la mano bajo la camisa, sacó una pistola y la apoyó directamente sobre el pecho de Luis. El tiempo se detuvo, o al menos eso dicen los recuerdos, porque los recuerdos importantes siempre parecen suceder más despacio.

Lo que vino después ocurrió sin pensar, sin estrategia, sin reflexión, sin miedo o quizá con miedo, pero sin tiempo para obedecerlo.

El Pinche Lobo avanzó, cruzó la distancia que separaba a su amigo del arma y se colocó entre ambos, entre Luis y el cañón, entre Luis y la noche, entre Luis y cualquier cosa que pudiera venir después.

—Para dispararle a mi amigo, primero vas a tener que dispararme a mí.

No recuerda qué ocurrió después, no recuerda la cara de aquel tipo, no recuerda la reacción de Luis, ni siquiera recuerda cómo terminó la discusión, lo único que recuerda es la certeza que apareció en ese instante.

Una certeza extraña, simple, inquebrantable: hay personas con las que uno comparte tiempo, hay personas con las que uno comparte historias. Y luego están esas pocas personas con las que uno comparte el destino.

Aquella noche entendió algo sobre la amistad, mucho antes de entender algo sobre el amor, mucho antes de entender algo sobre el matrimonio, mucho antes de entender algo sobre la pérdida.

Entendió que existían personas por las que estaba dispuesto a ponerse frente al arma. Y supo, con esa misma claridad, que Luis era una de ellas.

Creo que va a empezar a llover...

Era una noche lluviosa en Guadalajara, de esas lluvias que parecen decididas a quedarse hasta el amanecer, Solorio, Luis y el Pinche Lobo habían salido sin demasiados planes en mente. O quizá sí los tenían y el tiempo terminó borrándolos. Lo único seguro era que habían pasado por bares, por conversaciones interminables y por esos lugares que la memoria conserva más por las personas que por la dirección.

La noche se fue haciendo vieja, ellos no. Todavía tenían esa edad en que las madrugadas parecen infinitas y el sueño una molestia menor.

Alguien propuso ir a otro sitio, después a otro y después a otro más. Porque regresar a casa nunca parecía una opción razonable cuando la aventura seguía ahí afuera.

La lluvia arreció, primero obligándolos a refugiarse bajo techos improvisados, después empapándolos por completo y finalmente convirtiéndose en parte de la noche misma. Ya no importaba mojarse, ya estaban derrotados o quizá victoriosos.

En algún momento comenzaron a caminar por media calle, no por las banquetas, por la calle, como si Guadalajara les perteneciera, como si aquella ciudad hubiera sido construida únicamente para ellos, los semáforos reflejaban luces rojas y amarillas sobre el pavimento mojado, los autos pasaban a lo lejos, la lluvia golpeaba con fuerza y el futuro parecía una promesa tan enorme que resultaba imposible imaginar que algún día pudiera acabarse.

Entonces ocurrió una de esas decisiones que solamente toman los jóvenes, sin explicación, sin motivo, sin utilidad alguna, el Pinche Lobo se quitó la camisa y siguió caminando.

La lluvia golpeaba directamente sobre su piel, sobre el rostro, sobre los hombros, sobre el pecho. El agua corría por su cuerpo mientras avanzaba entre risas, historias y planes imposibles. Era una figura delgada, todavía lejos de los gimnasios, lejos de Wireless, lejos de los juicios, lejos de las denuncias, lejos de las pérdidas, lejos incluso de los grandes amores.

Y, sin embargo, aquella noche se sintió invencible. No porque fuera fuerte, no porque fuera inteligente, no porque tuviera dinero, no porque supiera hacia dónde iba. Nada de eso. Se sintió invencible porque estaba vivo, profundamente vivo. Y a veces los jóvenes confunden ambas cosas.

Años después intentaría recordar exactamente de qué hablaban aquella noche, no podría, intentaría recordar qué bares visitaron, tampoco. Intentaría recordar incluso la fecha, la olvidaría por completo, lo único que permanecería

intacto sería la sensación: la lluvia, la calle, sus amigos y la certeza absoluta de que la vida apenas estaba comenzando.

Y quizá por eso la recuerda todavía. Porque cuando el Pinche Lobo piensa en quién era antes de las heridas más profundas, antes de la guerra, antes del ojo de Odín, antes de las casas y de los tribunales y de los finales, no recuerda una victoria. No recuerda un amor, no recuerda un éxito, recuerda una caminata bajo la lluvia y a un muchacho que por unas horas creyó que nada podría derrotarlo.

El dibujante accidental

Hay personas que pasan la vida persiguiendo una vocación, otras parecen encontrarla por accidente. El Pinche Lobo pertenecía a la segunda categoría.

Porque si alguien le hubiera preguntado a los dieciocho años qué quería hacer con su vida, probablemente habría respondido cualquier cosa distinta cada semana.

Lo único que tenía claro era que no quería quedarse quieto, quería construir algo, quería convertirse en alguien, quería demostrar que podía llegar más lejos de lo que muchos suponían. Pero no tenía idea de cómo.

El día que fueron a entregar solicitudes para la universidad, Julio y él caminaron juntos como habían caminado tantas veces, hablando, soñando, inventando futuros imposibles. A esa edad los futuros siempre parecen posibles y los amigos verdaderos suelen ser más grandes que la realidad misma.

Hablaron de vivir juntos, hablaron de trabajar juntos, hablaron de las empresas que algún día tendrían. De los viajes, de las aventuras, de los proyectos, de conquistar el mundo.

Porque a los dieciocho años uno todavía cree que el mundo es una ciudad pequeña esperando ser explorada.

Julio tenía las cosas mucho más claras, quería estudiar Diseño, lo decía con la seguridad de quien ya alcanzó a ver algo en el horizonte.

El Pinche Lobo, en cambio, seguía peleándose con las posibilidades. Cuando llegó el momento de llenar la solicitud escribió con cierta firmeza: *Arquitectura*.

No porque estuviera convencido, sino porque alguien tenía que escribir algo.

Julio observó el formato, luego observó a su amigo y dijo una frase que cambiaría muchas cosas.

—Deberíamos entrar juntos a Diseño, tú tienes cualidades, yo también. Podríamos hacer muchísimas cosas, juntos.

Y entonces empezaron a construir castillos, no de piedra, de palabras, de sueños, de juventud.

Se imaginaron dibujando para periódicos, publicando caricaturas, viviendo del arte, compartiendo un estudio, trabajando hasta la madrugada, viajando, creando,

inventando, construyendo algo que todavía no sabían nombrar.

Mientras la fila avanzaba lentamente, el Pinche Lobo guardó silencio, lo recuerda bien, porque algunas decisiones importantes llegan así. Sin fanfarrias, sin señales divinas, sin grandes revelaciones, solamente una pequeña voz diciendo:

"¿Y si sí?"

Miró a Julio, miró la fila, miró el papel y durante unos segundos imaginó una vida completa, no una carrera: una vida, una vida donde el arte tuviera un lugar, donde los dibujos importaran, donde las noches estuvieran llenas de proyectos, donde los amigos siguieran siendo amigos muchos años después.

Entonces cambió de opinión. Así de simple. Así de definitivo. Los dos entrarían a Diseño.

Lo que ninguno de los dos sabía era que la vida suele divertirse con los planes humanos, porque los caminos que parecían destinados a permanecer unidos terminarían separándose y los que parecían provisionales terminarían durando décadas.

El Pinche Lobo se convertiría en diseñador, después en empresario, después en arquitecto de sueños ajenos, después en constructor de empresas, después en muchas cosas más.

Julio, el mismo hombre que lo convenció de estudiar Diseño, terminaría convirtiéndose en ingeniero.

Y aunque el destino se empeñó en cambiar los planes originales, algo sí permaneció intacto, aquella tarde, mientras avanzaban lentamente hacia una ventanilla universitaria, dos amigos creyeron que podían comerse el mundo. Y durante algunos años, quizá lo hicieron.

Las noches del centro

El Pinche Lobo llegó a las cantinas del centro de la ciudad buscando a su padre y terminó encontrándose a sí mismo.

Durante años había visto a su padre desaparecer entre aquellos lugares de luces tenues, humo suspendido en el aire, mesas verdes y barras de madera donde el tequila parecía servirse con la misma naturalidad que las conversaciones. En su imaginación, esos lugares eran territorios misteriosos donde los hombres iban a esconder algo que no sabían nombrar.

Quizá por eso comenzó a frecuentarlos, porque una parte de él seguía convencida de que algún día abriría la puerta, recorrería con la mirada el lugar y lo encontraría ahí, apoyado sobre una mesa o recargado en la barra de alguna cantina, esperándolo.

Como si todos aquellos años de distancia pudieran resolverse en un abrazo. Como si bastara encontrar el lugar correcto para recuperar lo perdido.

Y esperó.

Durante meses, quizá años, entrando a un billar tras otro, a una cantina tras otra, mirando rostros, observando figuras al fondo, persiguiendo sombras. Buscando en cada rincón una silueta familiar.

Pero su padre nunca apareció.

Quien apareció fue otra persona.

Él mismo.

Porque mientras buscaba a un hombre, comenzaba lentamente a convertirse en otro. Uno que todavía no alcanzaba a reconocer.

También recordaba a sus tíos. Las tardes alrededor de la mesa de billar o compartiendo una cerveza en el porche de la casa del río. Las conversaciones, las bromas, el abuelo, la abuela.

Los hijos aprendiendo a jugar mientras los adultos discutían sobre política, fútbol o cualquier otro tema que sirviera para llenar la tarde.

Aquello le parecía importante, no por el billar, ni por la cerveza. Por la compañía. Porque incluso entonces intuía que los hombres no se reunían alrededor de una mesa para jugar ni alrededor de una barra para beber. Se reunían para no estar solos.

Así que comenzó a ir acompañado. Luis. Solorio. Julio. Y después otros. Las personas que terminarían convirtiéndose en parte de su propia manada.

Aquellos billares y cantinas del centro de Guadalajara tenían algo particular. La iluminación parecía siempre insuficiente, las paredes guardaban décadas de humo, los señores fumaban sin prisa, o quizá con demasiada prisa. Entre partidas de billar y vasos de cerveza hablaban de política, de fútbol, de amores perdidos o simplemente permanecían en silencio. Muchos parecían más cansados que felices. Como si hubieran acudido por costumbre, como quien cumple una cita consigo mismo.

El Pinche Lobo los observaba y, al mismo tiempo, observaba otra cosa: su propia vida comenzando.

Fue allí con los amigos que todavía conserva, fue allí con las primeras mujeres que creyó que amaría para siempre, fue allí donde aprendió a ganar y también a perder, fue allí donde descubrió que podía ser respetado, que podía pertenecer, que podía ocupar un lugar en el mundo sin pedir permiso.

Entre el humo, entre las conversaciones, entre el sonido seco de las bolas golpeándose unas contra otras, entre el tintinear de los vasos sobre las barras de madera, entre aquel olor a cigarro viejo, cerveza derramada y madera desgastada, la vida comenzó a adquirir sentido.

Y un día comprendió algo que tardaría mucho tiempo en poner en palabras, nunca encontró a su padre en aquellos lugares, pero encontró algo que llevaba buscando casi con la misma desesperación.

Una familia elegida.

Porque si los billares y las cantinas no lograron reunirlo con su padre, terminaron reuniéndolo con Luis, con Solorio, con Julio, con aquella primera Alejandra. Con las personas que, de una forma u otra, seguirían apareciendo cuando la vida se volviera difícil.

Con el paso del tiempo entendería que quizá había estado buscando en el lugar correcto desde el principio, solo que la pregunta era equivocada, no necesitaba encontrar a su padre, necesitaba encontrar una manada.

Y entre el humo, las risas, el ruido, las barras de las cantinas y las mesas verdes de los billares del centro de Guadalajara, sin darse cuenta, acababa de hacerlo.

Un héroe

Antes de convertirse en esposo, padre o empresario, el Pinche Lobo descubrió algo peligroso, descubrió que la gente lo admiraba cuando era valiente y eso para un muchacho que había pasado buena parte de su vida sintiéndose insuficiente, fue una droga poderosa.

La primera vez ocurrió en las canchas, en las de fútbol, en las de basquetbol, en las de voleibol, en cualquier lugar donde hubiera un marcador y un equipo esperando que alguien tomara la iniciativa.

Nunca fue el más alto, nunca fue el más fuerte, ni siquiera el más talentoso, era flaco, demasiado flaco. Pero cuando comenzaba un partido aparecía algo extraño dentro de él, una fuerza que parecía surgir de algún sitio al que ni él mismo tenía acceso durante el resto del día.

Mientras otros calculaban, él avanzaba, mientras otros dudaban, él insistía. Mientras otros se cansaban, él seguía corriendo.

La victoria nunca estaba garantizada, pero había una cosa que todos sabían, si el Pinche Lobo estaba en la cancha, la derrota iba a costar trabajo.

Así ocurrió en aquel torneo de voleibol de secundaria, nadie esperaba nada de aquel grupo de muchachos escuálidos, nadie apostaba por ellos, nadie los veía como contendientes y, aun así, partido tras partido, fueron avanzando, hasta terminar levantando un campeonato que parecía pertenecer a otro equipo.

Y después ocurrió en la preparatoria, en los torneos de fútbol, como portero, como defensa, como delantero. Daba igual, siempre terminaba jugando, siempre terminaba apareciendo, siempre terminaba liderando de alguna manera.

Pero la escena que más recuerda ocurrió una noche fuera de la preparatoria, una de aquellas noches donde la juventud se mezclaba con alcohol, música y una sensación permanente de invulnerabilidad.

Habían estado bebiendo, todos, probablemente más de la cuenta, desde hacía un rato un grupo de muchachos les gritaba cosas desde la distancia, insultos, provocaciones, retos.

—Te están hablando. Le dijo Julio.

—No es a mí. Respondió.

Pero por dentro sabía que sí, claro que era a él, solo que todavía no entendía por qué. Al cabo de un rato necesitó entrar a la escuela para ir al baño, antes de alejarse miró a Luis y a Julio.

—No tardo, quédense juntos. Es probable que ahorita vengan a buscarnos bronca.

Lo dijo casi como quien anuncia la lluvia, no como una posibilidad, como una certeza. Regresó lo más rápido que pudo, pero ya era tarde. Luis estaba rodeado, lo empujaban contra un automóvil estacionado, buscó a Julio con la mirada, no lo encontró.

Entonces volvió a ocurrir, la misma reacción que años después lo pondría frente a una pistola, la misma que lo haría correr hacia el conflicto cuando todos los demás se alejaban.

Corrió.

Y cuando llegó, el golpe ya había sucedido, seco, directo, sobre el rostro de Luis.

Lo que siguió después aparece fragmentado en la memoria, empujones, gritos, golpes, personas moviéndose en todas direcciones. Lo único que recuerda con claridad es una idea, necesitaba abrir espacio, necesitaba llegar hasta su amigo, necesitaba protegerlo.

Y lo hizo, empujó, golpeó, separó, avanzó, hasta que finalmente Luis pudo defenderse por sí mismo. No sabe cuánto duró aquella pelea, minutos, segundos, una eternidad.

Lo que sí recuerda es el final. Porque cuando todo terminó levantó la vista y vio a la gente.

Mucha gente, demasiada. Observándolo. Y en aquellos rostros reconoció algo que jamás había visto de forma tan clara: admiración.

Por primera vez comprendió que existía una versión de sí mismo que los demás respetaban, una versión que no tenía miedo, una versión que protegía, una versión que aparecía cuando las cosas se ponían difíciles.

Aquella noche el Pinche Lobo aprendió algo que lo acompañaría durante décadas, aprendió que podía ser el héroe, el que defendía, el que protegía, el que llegaba cuando los demás retrocedían. Y durante gran parte de su vida creyó que ése era su lugar en el mundo.

Lo que todavía no sabía era que los héroes suelen pagar un precio muy alto, porque después de pasar suficiente tiempo salvando a los demás, uno corre el riesgo de olvidar quién lo rescata a uno.

La Trampa

Cuando el Pinche Lobo regresó de Tamaulipas, todavía creía, quizá ésa sea la forma más sencilla de decirlo: todavía creía.

Descargó las cosas que había comprado durante el viaje, los regalos, las bolsas, las pequeñas promesas que solemos traer de vuelta cuando queremos convencernos de que un nuevo comienzo es posible. Todavía imaginaba que

las cosas podían arreglarse, todavía soñaba con una familia, todavía soñaba con domingos tranquilos, todavía soñaba con una casa donde nadie tuviera miedo.

Lo primero que hizo fue buscar a Matteo, quería verlo abrir sus regalos, quería verlo sonreír, quería recuperar algo, lo que fuera.

Pero cuando vio su rostro sintió algo extraño, algo que no supo nombrar en aquel momento. Matteo no parecía feliz, parecía asustado.

Y aquello despertó un miedo antiguo, uno de esos miedos que viven debajo de todos los demás, porque el Pinche Lobo podía soportar muchas cosas, pero le resultaba insoportable la idea de que sus hijos estuvieran aprendiendo a tener miedo.

Aun así, siguió adelante, organizó la fiesta de cumpleaños, la celebración en la escuela, después la salida a Selva Mágica, otra vez Selva Mágica.

Ahora sospecha que no llevaba a los niños allí para esconderlos de los problemas, quizá era él quien se escondía, quizá todos necesitaban, aunque fuera por unas horas, fingir que seguían siendo una familia normal.

Pero nada estaba arreglado. Nada.

Lo que él no sabía era que mientras descargaba regalos y soñaba con reconciliaciones, otra historia avanzaba paralelamente, una historia invisible, una historia que terminaría alcanzándolo.

Aquella misma noche se estaba levantando una denuncia, la primera, la orden de restricción que tardaría meses en conocer, la primera piedra de algo mucho más grande.

Y mientras tanto la vida cotidiana continuaba o al menos eso parecía.

Cada vez entendía menos, llorar podía significar enojo, la tristeza podía transformarse en agresión, la calma podía convertirse en gritos, los abrazos podían preceder a las amenazas.

El Pinche Lobo dejó de entender las reglas del juego y cuando uno deja de entender las reglas, comienza a perderse dentro del tablero.

—Estoy tan hecho al miedo... Recuerda haber dicho alguna vez y quizá fue la frase más honesta de toda aquella época.

Porque el miedo ya estaba en todas partes, en las noches, en el insomnio, en las discusiones, en los silencios, en las acusaciones, en los mensajes, en las llamadas, en la posibilidad de perderlo todo.

Y ocurrió algo todavía más extraño, después de ser acusado durante tanto tiempo, comenzó a fantasear con convertirse en aquello que le atribuían. No porque quisiera hacerlo, sino porque una parte de él se preguntaba cuál era el sentido de seguir pagando el precio de una culpa que nunca había elegido. Si ya era el villano, si ya era el infiel, si

ya era el mentiroso, si ya era el hombre de la doble vida. Entonces, ¿qué diferencia habría?

Pero incluso aquellas fantasías terminaban chocando contra la misma pared: Matteo, Maia, las casas de Las Terrazas, la familia. Veía todo aquello como castillos de arena y veía acercarse una ola imposible de detener.

Entonces llegó aquella reunión, una reunión cualquiera, una noche cualquiera, una conversación cualquiera. Salió a comprar cervezas con el esposo de una amiga, nada más, una vuelta rápida, una conversación sencilla y durante algunos minutos incluso se permitió sentir algo parecido a la esperanza.

Le agradaban, ella parecía seria, él parecía serio, quizá por fin habían encontrado una pareja amiga, gente con quien compartir una comida, una sobremesa, una parte de la vida.

Regresó contento, sonriendo, pensando que tal vez todavía existían cosas buenas por construir. Y entonces escuchó la frase, tan cerca de su oído que durante un instante creyó haberla imaginado.

—¿Ya te fuiste a acostar con él?

Las palabras rebotaron dentro de su cabeza, una vez y otra. Y otra más. No tenían sentido, no encajaban en ningún lugar. Por un momento pensó que no las había escuchado correctamente, porque ya para entonces había comenzado a desconfiar de sí mismo, de sus recuerdos, de sus emociones, de su percepción.

Y entonces ocurrió algo nuevo, algo que no había ocurrido antes. No guardó silencio, no intentó explicar, no intentó reparar, no intentó convencer. Y aunque todavía le avergüenza la frase, recuerda perfectamente lo que respondió.

—Eres una hemorroide. No eres más que una hemorroide en mi vida.

No fue elegante, no fue correcto, no fue noble. Pero fue auténtico. Y quizá por primera vez en muchos años, el Pinche Lobo habló desde el agotamiento en lugar de hablar desde el miedo.

Y fue justo ahí donde el desenlace comenzó a escribirse, no con lágrimas, no con amenazas, no con denuncias, no con abogados. Con una certeza, la certeza de que ya no quedaban fuerzas suficientes para seguir fingiendo que aquello podía arreglarse.

La última noche de Las Terrazas

Aquella noche no regresaron juntos, él se fue a la oficina, ella regresó con sus padres y por primera vez en mucho tiempo el Pinche Lobo sintió algo parecido a la certeza. No iba a volver.

Se quedó sentado en Wireless, mirando las paredes, mirando las computadoras, mirando los escritorios vacíos, pensando cómo acomodar una cama improvisada, pensando cómo explicar a los muchachos que trabajaban con él por qué llegaba tan temprano y se iba tan tarde, pensando cómo

convertir aquella oficina en una trinchera, en un refugio, en un hogar temporal.

No pensó en la comodidad. Pensó en sobrevivir. Pero un par de días después ella volvió y volvió con un papel.

Le dijo que había ido a denunciarlo, recuerda escuchar palabras, violencia, amenazas, incluso que ser homosexual era una forma de agresión. Las frases llegaban fragmentadas, como si alguien las hubiera arrojado al aire y estuvieran cayendo lentamente alrededor suyo.

El Pinche Lobo sintió miedo, un miedo infantil, inmediato, instintivo. Pensó que todo había terminado, pensó que aquella discusión, aquella palabra, aquella hemorroide, habían sido suficientes para convertirlo en un delincuente.

La culpa. Siempre la culpa.

Ella le mostró documentos, papeles, firmas, sellos. Él apenas los miró, no entendió nada, no preguntó demasiado, no investigó, no verificó. Creyó, como había creído tantas otras cosas.

Mucho tiempo después descubriría que aquellos documentos pertenecían a otra historia, que los tiempos no coincidían, que algunas cosas no eran como parecían, pero para entonces ya no importaba. Porque el daño había cumplido su función. Lo que realmente escuchó aquel día fue otra frase.

—No puedes acercarte a mí ni a mis hijos.

Y el Pinche Lobo lo creyó. Con toda el alma.

Miró a Matteo, miró a Maia, los vio alejarse dentro de su cabeza. Como si alguien estuviera cerrando una puerta gigantesca entre ellos y durante unos días aceptó la condena. Durmió en hoteles, durmió en casa de su madre, durmió donde pudo.

Hasta que ella volvió otra vez.

Esta vez parecía distinta, más tranquila, más conciliadora. Le mostró otro documento, le dijo que todo estaba arreglado, que la denuncia había sido retirada, que podían empezar de nuevo.

El Pinche Lobo ya no sabía qué creer, pero todavía quería creer algo, lo que fuera. Entonces vendría la conversación que permanecería mucho tiempo en su memoria:

—¿Qué voy a hacer cuando vuelva a pasar? ¿qué voy a hacer cuando me vuelvas a amenazar? ¿qué voy a hacer cuando me vuelvas a acusar? ¿qué voy a hacer cuando me vuelvas a agredir?

Y después, casi inmediatamente:

—Abrazame. Cuando eso pase, solo abrazame. Es cuando más necesito sentir que me cuidas.

Y el Pinche Lobo hizo lo que llevaba años haciendo: la abrazó. Porque todavía no sabía distinguir entre rescatar y hundirse. Y volvió a casa.

Lo que no sabía era que estaba regresando para una última noche. La última.

Recuerda que venía de una cena, recuerda llegar cansado, recuerda abrir la puerta, recuerda algo extraño en el ambiente. Pero no logró identificarlo, no se dio cuenta de inmediato: los niños no estaban. Y cuando quiso buscarlos recibió una respuesta seca.

—No están. Y no los vas a volver a ver.

Otra vez, la misma herida, la misma amenaza. El mismo lugar.

Pero esta vez algo era diferente. Esta vez ya no sentía miedo o al menos no solamente miedo, sentía agotamiento. Como si una parte de él hubiera dejado de luchar. Entonces apareció otro nombre.

—¿Quién es Gianfranco?

La pregunta cayó en la habitación como una piedra. El Pinche Lobo tardó en responder, buscó el recuerdo, buscó el contexto, buscó sentido.

—Es alguien que conocimos hace tiempo. En una reunión.

Y entonces llegó otra acusación, otra historia, otra realidad que no reconocía. Intentó preguntar, intentó entender, intentó seguir el hilo. Pero mientras escuchaba, otra cosa ocurría dentro de él. Ya no estaba buscando

respuestas. Estaba buscando la salida. La puerta, el aire, la distancia.

Por primera vez en muchos años no intentó reparar, no intentó convencer, no intentó demostrar nada. Simplemente comprendió que no podía más. Miró alrededor, la casa parecía distinta, más desordenada, más ajena, más lejana.

Sacó el teléfono. Tomó una fotografía. Todavía no sabe exactamente por qué, quizá porque intuía que estaba mirando algo por última vez. Y entonces dijo apenas unas palabras.

—Ya no puedo más.

Tomó sus cosas. Metió su ropa en un par de bolsas negras. Antes de salir volvió la mirada hacia la casa y, por extraño que pareciera, cargó también una televisión que apenas podía levantar y el Xbox. Nunca explicó por qué. Quizá ni él mismo lo sabía entonces. Después entendería que, mientras dejaba atrás una casa, ya estaba intentando construir otra. Una donde, algún día, Matteo y Maia pudieran volver a sentarse a su lado, control en mano, como tantas tardes antes.

Abrió la puerta.

Y se marchó.

Las casas de Las Terrazas quedaron detrás, las casas de Matteo, las casas de Maia, las casas que habían comprado pensando que nadie volvería a expulsar a sus hijos de un

hogar, las casas donde había imaginado cumpleaños, navidades, domingos, futuros.

Y sin saberlo, aquella fue la última vez que durmió allí. El Pinche Lobo abandonó las casas de Las Terrazas esa noche, pero la verdad es que llevaba años intentando salir, solo que hasta entonces no había encontrado la fuerza para hacerlo.

La gran escalada

El Pinche Lobo nunca volvió a dormir en Las Terrazas, aquella había sido la última noche, aunque tardaría mucho tiempo en entenderlo del todo, porque las despedidas importantes rara vez anuncian que son despedidas, simplemente ocurren y después se alejan lentamente hasta convertirse en recuerdo.

Sin embargo, la historia no terminó ahí, todavía quedaban páginas, todavía quedaban intentos, todavía quedaban regresos.

Fueron juntos a terapia y después de algunas sesiones parecía repetirse siempre la misma escena: la terapia terminaba, la conversación parecía abrir una puerta, las disculpas llegaban de nuevo, las promesas venían siempre también y durante algunos días el Pinche Lobo volvía a creer.

Porque aquella familia seguía existiendo, todavía podía verla, todavía podía tocarla, todavía podía imaginarla. A veces pasaban algunas noches juntos, en el departamento de la Barranca de Huentitán, aquel departamento con la vista

hermosa, aquel departamento donde también había conocido el miedo.

Allí pasó noches enteras despierto, con el cerrojo puesto, con lágrimas silenciosas, con la sensación constante de que algo malo estaba por ocurrir. Y fue también allí donde escuchó por primera vez una palabra que cambiaría el mundo entero: pandemia.

No salir, permanezcan con su familia, cuídense unos a otros. El Pinche Lobo escuchaba aquellas recomendaciones desde la televisión mientras pensaba una pregunta sencilla: ¿con cuál familia? Porque apenas veía a Matteo, apenas veía a Maia, la distancia comenzaba a crecer incluso cuando todavía parecía existir esperanza.

Un día, después de otra sesión de terapia, después de otras disculpas, después de otra promesa, escuchó nuevamente la propuesta.

Quería regresar, quería reconstruir, quería intentarlo otra vez. Había solamente una condición. Que aceptara las acusaciones, que aceptara las historias, que aceptara los señalamientos, que aceptara una versión de sí mismo que no reconocía.

Y el Pinche Lobo no pudo hacerlo, no porque fuera valiente, no porque fuera inteligente, o tan siquiera sensato, simplemente porque no sabía cómo admitir algo que no creía haber hecho.

Entonces llegó una acusación nueva, más grave, mucho más grave. Recuerda la llamada, recuerda el altavoz,

recuerda el tono de las voces, recuerda esperar una discusión más, una amenaza más, un conflicto más. Pero escuchó algo distinto, algo tan pesado que parecía imposible moverlo. Por primera vez sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies.

Hasta ese momento las acusaciones lo habían perseguido, lo habían lastimado, lo habían confundido. Pero ahora estaban tocando algo más profundo, mucho más profundo. Intentó hablar, intentó entender, intentó preguntar, intentó defenderse.

Alrededor comenzaron a aparecer más voces, más afirmaciones, más advertencias, más amenazas. Todos parecían tener pruebas, todos parecían saber algo, todos parecían estar esperando el momento adecuado. El Pinche Lobo empezó a vivir dentro de una paradoja.

Le decían que existían pruebas, pero nunca las veía, le decían que llegaría una denuncia, pero nunca llegaba, le decían que la verdad estaba por aparecer, pero la verdad nunca terminaba de materializarse.

Hasta que un día se cansó. No de pelear, no de defenderse, no de discutir. Se cansó de esperar. Entonces dijo algo que jamás habría dicho años atrás.

Si existe algo, si existe una prueba, si existe una verdad que yo desconozco: entonces denúncienme.

No lo dijo desde el desafío, lo dijo desde el agotamiento. Porque había llegado un punto donde la amenaza permanente pesaba más que cualquier consecuencia imaginable, la respuesta fue simple:

—Ya lo haremos. A su debido tiempo.

Y el juego continuó. Hasta que un día, completamente solo en el departamento de la Barranca, el Pinche Lobo hizo algo distinto. No llamó, no suplicó, no explicó, no negoció. Tomó el automóvil, cruzó la ciudad, decidió defender algo que llevaba años perdiendo poco a poco: su dignidad... o al menos los pedazos que todavía quedaban de ella.

Por primera vez dijo algo que no estaba dirigido a salvar una relación, ni una familia, ni una reconciliación. Quiero que esto termine, quiero una disculpa y quiero que me dejen en paz. Lo que no sabía era que aquel acto de dignidad tendría un costo enorme.

Porque poco después dejaría de ver a Matteo, dejaría de ver a Maia, durante meses, durante demasiados meses. Y mientras él lloraba en soledad desde la Barranca, creyendo que los había perdido, ignoraba algo que tardaría mucho tiempo en descubrir, al otro lado de aquella historia, los niños también estaban llorando.

Y mientras el Pinche Lobo intentaba descubrir cómo seguir viviendo sin Matteo, sin Maia y sin la vida que había imaginado para sí mismo, ocurrió algo que no estaba buscando. Porque ya no buscaba amor, ya no buscaba matrimonio, ya no buscaba promesas, ni siquiera buscaba compañía, la verdad es que apenas estaba intentando sobrevivir.

Y sin embargo apareció Ale. No llegó como llegan los cuentos, no llegó entre fuegos artificiales, no llegó para

resolver nada, no llegó para cerrar heridas, ni siquiera llegó en el mejor momento, llegó en medio del desastre.

Cuando ya había abogados, cuando todavía había amenazas, cuando todavía había denuncias, cuando todavía había miedo, cuando todavía había noches de insomnio, cuando todavía había demasiadas preguntas y muy pocas respuestas.

Y quizá por eso el Pinche Lobo tardó tanto en entender lo que estaba ocurriendo, porque no parecía el inicio de una historia, parecía otra complicación más. Pero no lo era.

Porque mientras una familia se rompía, otra cosa comenzaba a construirse, no una familia todavía, no un hogar todavía, no una vida todavía. Una manada.

Dos personas cansadas, dos personas golpeadas por la vida, dos personas acostumbradas a pelear, dos personas que todavía no sabían cuánto iban a caminar juntas. Y mientras eso ocurría, otra guerra se preparaba, porque la historia entre el Pinche Lobo y Mayra estaba lejos de terminar, de hecho, apenas estaba cambiando de forma.

Ya no sería una guerra de pareja, ya no sería una guerra de reconciliaciones, ya no sería una guerra de promesas. Se convertiría en algo más grande, más largo, más complejo. Y Ale, quisiera o no quisiera, terminaría entrando también en aquel campo de batalla.

Capítulo 8. La manada

Aquella tarde José y el Pinche Lobo estaban asando carne y tomando cervezas, era un fin de semana largo o al menos debería haberlo sido. La prima Xóchitl llevaba tiempo insistiendo en que ya estaba listo para conocer a alguien.

Él no estaba tan seguro, más que listo, estaba solo, profundamente solo, él y su gato, compartiendo una casa demasiado grande en Santa Anita, una casa que parecía diseñada para recordarle, habitación por habitación, que estaba solo.

Xóchitl había prometido llevar algunas amigas para que las conociera, ya les había advertido que iban a encontrarse con un hombre herido, un hombre roto en algunos lugares, pero también les había dicho algo más, o al menos eso le gustaba pensar, que la suma de todos aquellos pedazos seguían formando un hombre completo.

El Pinche Lobo aceptó, con recelo y con la secreta esperanza de no conectar con nadie, porque ya había descubierto que el cariño también podía y sabía doler.

Cuando escuchó llegar el automóvil, pensó que aparecerían varias personas, no fue así, entró una sola mujer.

—Alejandra. Dijo mientras le extendía la mano.

Sonrió, una sonrisa pequeña, tímida, sincera. El Pinche Lobo llevaba meses tomando una decisión extraña, había prometido sonreírle a todo el mundo, abiertamente,

francamente, cariñosamente. Como una forma de resistirse a la dureza que amenazaba con instalarse dentro de él.

Ella llevaba un vestido blanco con detalles azules, zapatos abiertos de plataforma, el cabello oscuro, los movimientos tranquilos. Él llevaba una camisa rosa, un pantalón viejo, tenis rojos y el cabello todavía teñido de rubio. Seguía siendo delgado, casi tan delgado como en su juventud, tal vez más. Aunque por dentro sentía que había envejecido una década en unos cuantos meses.

Comenzaron a hablar y algo llamó inmediatamente su atención: la sonrisa. Hacía años que no encontraba una sonrisa así, una sonrisa sin cálculo, sin tensión, sin advertencias ocultas. Tenía además una sencillez que le resultaba extrañamente familiar y una calidez que había olvidado que existía.

Hablaron de muchas cosas. Era abogada, pero también estaba terminando nutrición, dos carreras. Dos carreras.

Aquella idea se quedó dando vueltas en la cabeza del Pinche Lobo, porque para él dos carreras no significaban solamente dos profesiones, significaban algo más, significaban la posibilidad de volver a empezar, de reinventarse, de construir otra vida encima de una vida anterior. Y él necesitaba creer exactamente eso.

Escuchó hablar de desencantos, de decisiones difíciles, de caminos que se terminan, de sueños que dejan de parecer sueños. Y descubrió algo inesperado, no necesitaba que alguien lo escuchara, había pasado tanto

tiempo hablando de sí mismo, intentando explicar dolores y pérdidas, que ahora tenía hambre de otra cosa. Tenía hambre de escuchar, de conocer otras historias, de descubrir otras formas de estar en el mundo.

La tarde se convirtió en noche, la noche avanzó demasiado rápido y cuando escuchó que al día siguiente irían a unas cascadas, respondió casi sin pensar.

—Yo voy.

No quería perder la conversación.

Al día siguiente salieron temprano, fueron juntos, pasaron horas hablando, en el camino, entre árboles, entre senderos, bajo el agua. Ella hablaba rápido, mucho más rápido de lo que él podía procesar y aun así intentaba no perder detalle.

Hablaron de la desilusión, del amor, de las despedidas, de la extraña experiencia de dejar de querer a alguien y también de la posibilidad de volver a imaginar una vida distinta.

En algún momento quedaron bajo la caída de agua de una cascada, después en una alberca termal, casi sin darse cuenta terminaron abrazados. El Pinche Lobo descubrió que no quería soltarla, no porque estuviera enamorado, todavía no, simplemente porque se sentía bien estar ahí. Y entonces comenzó a llover, una brisa ligera pero perfecta para salir de ahí.

Corrieron buscando refugio y terminaron bajo una pequeña estructura improvisada, un tapanco ridículo, insuficiente, perfecto. Ella siguió hablando y él siguió escuchando. Cada vez más atrapado por aquella velocidad, por aquella manera de mirar la vida, por aquella energía que parecía desafiar la gravedad. Hasta que por fin hizo una pausa. Una pausa pequeña. Breve.

Y entonces él la besó.

Un beso diminuto, apenas un roce, tan honesto que parecía infantil. Y sin saberlo, sin imaginarlo, sin buscarlo realmente, estaban a punto de comenzar una historia nueva.

Porque cuando ella le sonrió, se le escaparon de las manos los globos que vendía. Y el cielo del sábado se llenó de colores.

La próxima cita

Al despedirse olvidó pedirle su teléfono, por algún tiempo le pareció una omisión absurda, pero algunas historias comienzan tan deprisa que apenas hay tiempo para lo esencial y aquella tarde había estado demasiado ocupado escuchándola.

Fue la prima Xóchitl quien terminó resolviendo el problema, sin querer o casi sin querer, creó un grupo de WhatsApp, algo relacionado con futuros viajes, con planes, con aventuras, con la ilusión de formar un grupo de viajeros. Sin saber que aquel paseo a las cascadas sería el primero y el último que harían todos juntos.

Pero ahí estaba ella, en la lista de participantes, con nombre, con número, con una pequeña ventana abierta hacia la posibilidad. El Pinche Lobo guardó el contacto y después leyó la frase de su estado.

"Vivir la vida y la la lá..."

Sonrió. Sentado en aquella casa enorme, demasiado grande para una sola persona, demasiado silenciosa para alguien que llevaba años rodeado de conflictos. El gato caminó por la sala, lo observó y durante un instante el Pinche Lobo tuvo la impresión de que hasta el gato parecía menos solo.

Quizá porque él mismo se sentía menos solo. No por tener una relación, no por tener una promesa, ni siquiera por tener una cita. Solo porque ahora existía una sonrisa ocupando un rincón de su memoria y una frase sencilla.

"Vivir la vida..."

Aquella frase se quedó rondando la casa durante días.

El lunes habló con Vero, su amiga, su confidente.

La mujer que le ayudaba con la limpieza de una casa que casi nunca estaba desordenada, pero que, sin proponérselo, ayudaba a ordenar muchas otras cosas.

Vero pasaba buena parte de la mañana hablando por teléfono con sus amigas. Lo hacía en un idioma que el Pinche Lobo nunca logró entender. Alguna vez le explicó que era una lengua de una comunidad del estado de Hidalgo. Él

nunca aprendió una sola palabra, pero había algo que sí entendía perfectamente: hablara el idioma que hablara, Vero siempre decía las cosas con una clara honestidad.

Aquella mañana le dijo:

—Conocí a alguien.

Vero levantó la mirada y sonrió.

—¿Y?

—No sé si hablarle... me da miedo.

Ella no necesitó pensarlo demasiado.

—Háblele. Invítela a salir. Le va a decir que sí.

Y el Pinche Lobo hizo cuentas, como siempre. Pensó en restaurantes, pensó en cenas, pensó en presupuestos, pensó en todo aquello que los hombres como él suelen pensar cuando intentan impresionar a alguien. Y después reunió el valor que le quedaba en los bolsillos y le escribió:

—"Hola. Soy yo. ¿Te acuerdas de mí?"

No era el mensaje más brillante, ni el más ingenioso, ni el más romántico. Era solamente honesto. Y funcionó.

—Hay que vernos. Contestó ella.

Le dio algunas fechas y él eligió la más cercana, por supuesto. Ya estaba imaginando restaurantes, menús, reservaciones, pero entonces ella respondió:

—Comemos en tu casa. Yo llevo comida. Cocinamos. Vemos una película. Platicamos.

El Pinche Lobo se quedó mirando el mensaje, le pareció un plan tan simple que resultaba perfecto. Y comenzó la espera. Una espera infantil, ansiosa, ridícula, hermosa.

Cuando por fin llegó el día pactado llegó el mensaje, el mensaje que él pensó sería para confirmar la cita.

"Me fracturé una costilla." "No voy a poder ir."

Y el mundo volvió a tambalearse, no por ella, no por la cita, no por la cancelación. Sino porque para entonces ya estaba acostumbrado a que las cosas buenas desaparecieran. A que los planes se rompieran, a que las promesas cambiaran, a que las personas se fueran. La vieja maquinaria del miedo volvió a ponerse en marcha.

Quizá era una excusa, quizá había cambiado de opinión, quizá nunca quiso ir, quizá... Pero al día siguiente ella llamó.

—No puedo moverme mucho. Me duele muchísimo. Pero quiero verte. ¿Podría ser mañana?

Y entonces llegó. Con una costilla rota y la sonrisa intacta. Llegó a aquella casa grande, a aquella casa

silenciosa, a aquella casa donde el Pinche Lobo llevaba demasiado tiempo escuchando únicamente sus propios pensamientos.

Pasaron la tarde y la noche hablando. Viendo televisión, comiendo, riendo, saltando de un tema a otro, como si llevaran años conversando. Y en algún momento, sin que nadie lo anunciara, algo cambió.

La casa seguía siendo la misma, los muebles seguían en el mismo lugar, las paredes seguían iguales. Pero ya no parecía vacía. El gato fue el primero en notarlo o al menos eso le gustaba pensar al Pinche Lobo. Porque mientras ellos hablaban, reían y compartían historias, el gato recorría la sala con la tranquilidad de quien ya conoce el desenlace.

Y aquella noche, mucho antes de que cualquiera de los dos pudiera ponerle nombre a lo que estaba naciendo, el gato descubrió algo: nunca volverían a estar solos.

Y quizá el Pinche Lobo también, aunque todavía le faltaran muchas páginas para admitirlo.

La extraña costumbre de quedarse, andando de puntitas en el mundo

Después de aquella noche en la casa grande y silenciosa, comenzaron a verse de nuevo y luego otra vez y luego ya no dejaron de hacerlo. Los días libres de ella se convirtieron casi de inmediato en los días libres de él, como si hubieran descubierto que el tiempo compartido corría de otra manera.

Las noches se llenaron de vino tinto, de pasta, de conversaciones interminables, de la terraza que estaba afuera de la habitación del Pinche Lobo y que muy pronto comenzó a sonar distinta. Ya no era su habitación, era nuestra habitación, nuestra y del gato.

Habían decidido no apresurarse, quizá por prudencia, quizá por las historias que ambos cargaban, quizá porque los dos habían aprendido que algunas cosas importantes merecen su propio tiempo, así que se dedicaron a hacer algo que el Pinche Lobo había olvidado que también existía.

Conocerse. Escucharse. Estar.

Después de algunas semanas pensaron que sería bonito hacer un viaje juntos, algo pequeño, un paréntesis. Entonces rentó una habitación en un pequeño hotel de Tapalpa, apenas a un par de horas de casa.

Un lugar suficientemente lejos para sentirse de vacaciones y suficientemente cerca para regresar si algo salía mal, porque el Pinche Lobo todavía tenía la costumbre de pensar en las rutas de salida. Pero algunos planes suelen adelantarse a sí mismos.

La noche del veinte de agosto de dos mil veinte, después de cenar y casi a medianoche, Ale lo miró con esa extraña mezcla de serenidad y decisión que siempre la acompañaba.

Le preguntó casi sin rodeos:

—¿Quieres ser mi novio?

El Pinche Lobo recuerda la pregunta con una claridad que le sorprende, no porque fuera extraordinaria, sino precisamente porque era sencilla. No hubo discursos, no hubo promesas, no hubo juegos, solamente una pregunta, tan honesta como una puerta abierta.

Y esa misma noche se amaron por primera vez, pero incluso ese recuerdo permanece en su memoria de una forma distinta, por primera vez en su vida no sentía que tuviera que demostrar nada, ni experiencia, ni capacidad, ni fuerza, ni deseo. Estaba feliz, simplemente feliz y quería compartir aquella felicidad con ella. Nada más.

El viaje fue extraordinario por razones muy simples, las fotografías, las caminatas, las conversaciones, la complicidad, la extraña sensación de estar del mismo lado del mundo y en el momento exacto del día.

Algo que siempre le gustó de estar con Ale era observar a la gente alrededor de ella: las personas sonreían. Y sin darse cuenta, él comenzó a sonreír como ellas.

Había pasado demasiado tiempo sintiéndose observado, demasiado tiempo sintiéndose evaluado, demasiado tiempo intentando ser suficiente.

Con Ale descubrió otra cosa, se sentía visto, pero no juzgado, tampoco idealizado, simplemente visto. Con sus virtudes, con sus defectos, con sus miedos, con su historia y precisamente por eso, querido por completo.

También descubrió algo más, algo que terminaría admirando profundamente: no importaba demasiado lo que

ocurriera, podían perder una cartera, olvidar una reservación, equivocarse de camino, llegar tarde, enredarse en cualquier pequeño desastre cotidiano. Diez minutos después, Ale ya estaba sonriendo, ya estaba resolviendo, ya estaba encontrando una salida.

Y siempre aparecía aquel gesto suyo, encogía ligeramente los hombros, sonreía y seguía adelante. Como si hubiera aprendido a caminar de puntitas por el mundo para no hacerle demasiado daño.

Y el Pinche Lobo la observaba y pensaba algo que todavía no alcanzaba a formular del todo, que existían personas capaces de reconstruir la vida con una facilidad desconcertante, como si entendieran algo que los demás apenas sospechábamos, como si supieran que las pérdidas son inevitables y aun así valiera la pena volver a empezar.

Y muchas veces, al mirarla, una canción acudía a su cabeza:

"Podéis destrozar todo aquello que veis, que ella de un soplo lo vuelve a crear... como si nada... como si nada..."

No todo estuvo bien siempre, sería injusto decirlo y además sería mentira, también hubo desacuerdos, también hubo días difíciles, también hubo silencios, también hubo miedos.

Y más de una vez cada uno tuvo que enfrentarse con versiones de sí mismo que no le gustaban demasiado.

Pero había algo distinto, siempre existía la intención de reparar, la intención de estar bien y eso, para el Pinche Lobo, eso tenía un valor inmenso.

Porque venía de un lugar donde muchas veces las discusiones parecían tener un ganador y un perdedor, donde las palabras terminaban siendo armas y las heridas se acumulaban sin que nadie supiera cómo repararlas.

Con Ale descubrió otra posibilidad, la de dos personas sentadas del mismo lado de la mesa intentando entender qué estaba pasando.

Empezaron a ir a terapia, el mismo día, con el mismo terapeuta, una hora de diferencia.

La idea le parecía hermosa, dos personas entrando por separado para intentar salir un poco más juntas.

Y comenzó algo inesperado, empezaron a conocerse el uno al otro, pero también comenzaron a conocerse a sí mismos, porque la terapia tiene una costumbre extraña, uno cree que va a hablar del otro y termina encontrándose consigo mismo.

El Pinche Lobo aprendió cosas que no sabía de él, sus miedos, su necesidad de proteger, su dificultad para pedir ayuda, su manera de correr hacia el conflicto cuando alguien que amaba estaba en peligro.

Su obsesión por reparar, pero también su inherente incapacidad casi heroica para abandonar las cosas que quería.

Y ella también fue descubriendo sus propios paisajes, sus propias heridas, sus propias formas de amar y de defenderse.

La terapia siempre ayuda, pero ayuda de maneras que a veces resultan incómodas, porque no siempre construye, a veces derrumba, a veces toma estructuras que parecían indispensables y las deja caer con estrépito. Ideas, creencias, miedos, versiones de nosotros mismos y a veces cuando algo se derrumba, el ruido suele ser ensordecedor.

Pero incluso en medio de esos derrumbes, el Pinche Lobo seguía teniendo una sensación nueva, extraña, cálida, profundamente reparadora, sentía que tenía un lugar, no un lugar perfecto, no un lugar sin conflictos, no un lugar donde jamás se llorara, simplemente un lugar.

Y ese lugar, la mayor parte del tiempo, estaba lleno de risas y eso para un hombre que había pasado tantos años aprendiendo a sobrevivir, descubrir que también podía reír casi todos los días se parecía muchísimo a encontrar un hogar.

El hombre que volvió a creer en el para siempre

Todavía vivían en Bosques de Santa Anita, la vida, como casi siempre, seguía empeñada en no entregar las cosas completas, había llegado una noticia hermosa, después de tanto tiempo, Matteo y Maia habían vuelto a su vida, habían regresado para devolverle una sonrisa que durante muchos años creyó perdida.

La casa volvió a llenarse de voces, de mochilas abandonadas en cualquier rincón, de platos que misteriosamente aparecían sobre la mesa, de discusiones por el baño y de esa alegría caótica que solamente los niños saben llevar consigo.

Pero el mundo nunca parecía estar completo para el Pinche Lobo, mientras sus hijos regresaban con él, los hijos de Ale decidieron irse a vivir con su padre, con su nueva esposa y con la pequeña bebé que acababa de llegar a aquella familia.

Las razones que llevan a una persona a tomar una decisión pertenecen únicamente a quien la toma. El Pinche Lobo aprendió hace tiempo que intentar explicarlas desde afuera casi siempre era un acto de soberbia.

Lo único que alcanzó a comprender fue el dolor de Ale, no era un dolor ruidoso, no reclamaba atención, simplemente aparecía en algunos silencios, en ciertas miradas perdidas y en esa manera tan particular que tenía de sonreír cuando algo muy adentro seguía doliendo.

Una tarde cualquiera, mientras conversaban sin prisa, él le hizo una pregunta que llevaba tiempo rondándole la cabeza.

—¿Tú te volverías a casar?

Ale permaneció callada unos segundos, no parecía buscar la respuesta correcta, parecía buscar la respuesta verdadera, después levantó la vista y sonrió.

—Creo que contigo sí me volvería a casar.

El Pinche Lobo no volvió a tocar el tema. Simplemente guardó aquella conversación entre las cosas que más le importaban. Siempre había tenido esa costumbre. Mientras otras personas coleccionaban fotografías o recuerdos materiales, él coleccionaba frases, miradas, conversaciones, pequeños instantes capaces de sostener una vida entera. No era que tuviera buena memoria. Era que había aprendido a cuidar los recuerdos como quien cuida el único hogar que siempre puede llevar a cuestas.

Esperó pacientemente la llegada de diciembre, volvieron a Tamaulipas, aquella tierra que, casi sin proponérselo, había terminado convirtiéndose también en una especie de refugio.

La tía Carmen, el tío Carlos, Charly y todos aquellos que no solamente les habían abierto las puertas de su casa, sino también las de su corazón, ellos conocían el plan, habían decidido convertirse en cómplices silenciosos de aquella noche.

Antes del tradicional intercambio navideño, el Pinche Lobo pidió unos minutos, sentía el corazón golpeándole el pecho con una fuerza casi infantil, buscó a Ale con la mirada, sacó la pequeña caja que Charly le había entregado discretamente la noche anterior, se arrodilló y por un instante el tiempo volvió a hacer aquello que solamente ocurre en los momentos importantes: detenerse.

Las palabras exactas se perdieron con los años, la emoción permaneció intacta, le pidió que fuera su esposa, con el corazón completamente abierto. Ale respondió que sí.

Entonces llegaron los abrazos, las risas, los gritos, las lágrimas discretas de quienes comprendían que estaban presenciando algo mucho más grande que una simple pedida de mano.

Aquella noche volvió a llenarse de ilusiones, de preguntas, de proyectos. ¿Cómo sería la boda? ¿dónde? ¿cuándo? Todavía nadie lo sabía, pero por primera vez en mucho tiempo aquellas preguntas no nacían del miedo, nacían de la esperanza.

Durante algún tiempo no volvieron a tocar el tema, no por duda. Quizá por cuidado, como si ambos entendieran que sus vidas ya cargaban demasiado peso y que, por un rato, convenía no agregar otro asunto más sobre la mesa.

Hasta que un día después de andar cargando la idea un rato, el pinche Lobo dijo que ya era momento, poner fecha, buscar lugar, pensar invitados, hacerlo real.

Habían empezado a vivir juntos justo en el cumpleaños de Ale, así que la fecha les surgió de manera natural.

—En tu cumpleaños.

Pero ese año su cumpleaños caía en viernes y el día ideal era sábado, sin buscarlo demasiado, la fecha quedó marcada, 27 de mayo.

Lo que no sabían entonces era que esa fecha ya estaba escrita desde muchos años antes. Era el cumpleaños de la abuelita del Pinche Lobo. La abuela que había cuidado a Lobito cuando todavía no era tan lobo ni tan pinche.

Buscaron lugar, encontraron un hotel hermoso en el centro de la ciudad, apartaron la fecha y después hicieron lo que hacen las personas que quieren mucho algo: reunir dinero como se pudiera, peso por peso, con esfuerzo, con ayuda, con ilusión.

Su madre y sus tías pusieron dinero para el vestido de Ale. Lo buscaron con paciencia, con vueltas, con dudas, con esa ceremonia secreta que tienen los vestidos importantes. Pero al final terminaría siendo su primo Alex, sí, ese primo Alex, quien pondría el vestido de novia de su esposa.

La vida tiene un sentido del humor extraño, a veces cruel, a veces hermoso, a veces las dos cosas al mismo tiempo.

Invitaron a las personas que en ese momento eran sus personas más queridas. Faltaban algunos, como siempre pasa en las historias reales, pero estaban ellos. Y ellos estaban felices.

Por esos días César Alejandro, su hijo, vivía con ellos, así que los tres salieron juntos hacia el hotel, como si también él formara parte de esa pequeña comitiva íntima con la que empezaba la boda.

Carlos, Carmen y su familia viajaron desde Tamaulipas la noche anterior, su primo Jorge hizo el viaje el mismo día, casi como si hubiera calculado la ruta para llegar en el instante exacto de la ceremonia. Y entonces llegó el momento.

Ale y el Pinche Lobo caminaron frente a todos, sonriendo, felices, tomados de la mano.

Llegó el momento de las palabras, El Pinche Lobo no recuerda todos los discursos, la memoria tiene la extraña costumbre de conservar solo aquello que realmente necesita.

Pero hubo uno que nunca consiguió olvidar: Charly pidió unos minutos, el mismo Charly que la navidad pasada le había entregado discretamente el anillo con el que le pediría matrimonio a Ale.

El mismo que, sin proponérselo, había terminado convirtiéndose en un hermano. Respiró hondo y comenzó a hablar, dijo que la gente suele recomendar no conocer nunca a sus héroes, que casi siempre terminan decepcionándonos.

Después sonrió, miró al Pinche Lobo y dijo que él había decidido conocer al suyo. Que, para su sorpresa, había encontrado a un hombre mucho más grande de lo que siempre había imaginado.

El Pinche Lobo bajó la mirada.

Nunca había sabido muy bien qué hacer cuando alguien hablaba bien de él. El Pinche Lobo nunca supo si

aquellas palabras las merecía. Lo único que supo fue que, desde ese día, iba a esforzarse por intentar merecerlas.

Después Charly volteó hacia Ale.

Y con la voz quebrándose apenas lo suficiente para que todos lo notaran, dijo:

—Hoy no pierdo un hermano... hoy gano una hermana.

Hubo un silencio pequeño, de esos que solamente aparecen cuando las palabras encuentran exactamente el lugar donde tenían que llegar.

Y el Pinche Lobo entendió algo.

Aquella noche no solamente se estaba casando con Ale, también estaba viendo cómo dos familias, dos historias y dos maneras distintas de entender el mundo decidían hacerse una sola manada.

Aquella noche estuvieron todos, pero sobre todo estuvieron ellos, siempre de la mano, siendo ellos mismos, siendo amigos, siendo pareja y, desde ese día, siendo esposos.

Aún ahora, con el pasar del tiempo, todavía conservan una costumbre, de vez en cuando, cuando la noche ya ha caído y una botella de vino descansa casi vacía sobre la barra de la cocina, terminan haciéndose la misma pregunta.

—¿Cuál ha sido el día más feliz de tu vida?

Los dos se toman un momento, como si recorrieran lentamente todos los años vividos, las casas, los hijos, las pérdidas, los viajes, las guerras, las pequeñas victorias, las reconciliaciones.

Y casi siempre ocurre lo mismo, se miran, sonríen. Y, sin ponerse de acuerdo, responden exactamente lo mismo.

—El día de nuestra boda.

“Quédate un momento aquí. Costó demasiado tiempo llegar hasta este lugar.”

Dos años después, en la misma fecha, regresaron al mismo lugar, no había invitados por compromiso, no había protocolo, no había mesas llenas de desconocidos, solo estaban quienes, de una u otra manera, habían sostenido la historia.

Los amigos más cercanos, su madre, su hermana, Matteo, Maia y César Alejandro y aquella pequeña manada que, con el paso del tiempo, había aprendido que las familias no siempre nacen; muchas veces también se construyen.

Volvieron a caminar por los mismos pasillos, a recordar fotografías, a reírse de anécdotas que solo ellos entendían, como si el tiempo hubiera decidido hacer una pausa para permitirles mirar, aunque fuera por unas horas, todo lo que habían recorrido desde aquella primera boda.

Al caer la tarde hicieron un círculo, sin planear demasiado quién hablaría primero, cada uno tomó la palabra, hubo agradecimientos, recuerdos, abrazos, alguna lágrima discreta y muchas sonrisas.

El Pinche Lobo ya no recuerda todas las palabras, pero hay una frase que nunca olvidó, la dijo su madre, con la serenidad de quien ya ha visto suficientes inviernos para entender lo frágil que puede ser la felicidad.

Los miró a los dos y solamente dijo:

—No se pierdan nunca.

Antes de lograr comprenderlo del todo el Pinche Lobo creyó que aquella frase hablaba del matrimonio, pero

ahora comprende que hablaba de algo mucho más importante.

No se pierdan el uno del otro, pero, sobre todo... no se pierdan de ustedes mismos.

Esto que lees son las pequeñas cosas que sostuvieron al Pinche Lobo cuando más cerca estuvo de dejar de escribir esta historia.

Hubo noches en las que pensó que lo más sencillo sería terminarla ahí, cerrar de un solo manchón de tinta tantas páginas de dolor. Aceptar que algunos finales no merecen ser contados.

Hubo noches —demasiadas noches— en las que un par de tragos de más hacían que el peso de los recuerdos volviera a caer completo sobre sus hombros y entonces era que reaparecía aquella vieja idea.

La de que la felicidad era un lugar construido para otros, un sitio hermoso que podía mirar desde lejos, pero al que jamás le permitirían entrar.

Sin embargo, cuando el tiempo empezó a poner un poco de distancia entre las heridas y él, descubrió algo que entonces no alcanzaba a ver, nunca fueron los grandes acontecimientos los que lo sostuvieron, no fueron las victorias, ni el trabajo, ni los reconocimientos, ni siquiera los días perfectos.

Fueron las pequeñas cosas, una conversación guardada como un tesoro, una sonrisa sincera, un gato que

no dejaba de caminar solo por la casa, un abrazo, una copa de vino compartida al final del día.

Una madre diciendo: «*No se pierdan nunca.*»

Y la certeza, cada vez más firme, de que el hogar nunca había sido un lugar, siempre habían sido las personas.

El enemigo de adentro

Las demandas seguían, las amenazas también, los expedientes parecían multiplicarse con la misma facilidad con la que se multiplicaban las noches sin dormir.

Los niños sufrían y ver sufrir a Matteo y a Maia despertaba en el Pinche Lobo una herida antigua, la del niño que muchas veces tampoco encontró quién lo defendiera.

Durante algún tiempo creyó que su única obligación era pelear, responder, prepararse, anticipar el siguiente golpe, como si toda la vida dependiera de no bajar nunca la guardia.

Y estaba cansado, profundamente cansado, había días en los que deseaba quedarse completamente solo.

No porque hubiera dejado de amar, sino porque empezó a sospechar que cualquiera que caminara a su lado terminaría pagando un precio demasiado alto.

Pensó que quizá la mejor manera de proteger a quienes quería era alejarlos de él, era una idea vieja, la

misma que había aparecido otras veces en su vida, disfrazada de sacrificio.

Pero una tarde, en medio de todo aquel caos, volteó a mirar a Ale, la observó unos segundos y sintió una certeza que no había sentido nunca.

Le habló con toda la honestidad que todavía conservaba.

—No va a ser lo de fuera lo que nos va a destruir.

Hizo una pausa.

—Va a ser lo que hay aquí dentro.

No estaba hablando de la casa, ni de los expedientes, ni siquiera del miedo, estaba hablando de ellos, de sus heridas, de sus fantasmas, de las formas en que el dolor podía terminar infiltrándose en un lugar que, con tanto trabajo, habían construido juntos.

Entonces dijo algo más.

—Es momento de trabajar en nosotros, en nosotros como pareja, en nosotros como personas, es tiempo de confiar y de estar, por fin, juntos en esto.

Interludio IV: el viaje que no termina nunca

Hoy escribe desde el miedo, sería absurdo fingir otra cosa, todavía hay denuncias, todavía hay incertidumbre.

Todavía hay mañanas en las que el teléfono suena y el corazón vuelve a acelerarse antes de contestar.

Todavía existen noches en las que el Pinche Lobo despierta imaginando todos los escenarios posibles.

Los peores, casi siempre.

No sabe cómo terminará esta historia, no sabe si la vida todavía guarda algunas tormentas más, no sabe si mañana tocarán otra vez a su puerta.

No sabe si algún día conseguirá proteger completamente a Matteo y a Maia.

Y hay una parte de él que sigue teniendo miedo de no llegar a tiempo, de no ser suficiente, de volver a fallar.

Pero también sabe algo que hace algunos años no sabía, pase lo que pase, piensa seguir caminando siendo él mismo.

No porque siempre tenga razón, no porque sea invencible, no porque ya no le duelan las cosas.

Sino porque ha descubierto que perder cosas de afuera, a veces, es el precio de ganar por fin las batallas de adentro.

Durante muchos años creyó que la mayor victoria consistía en conservar, hoy empieza a sospechar que, en ocasiones, la verdadera victoria consiste en no perderse a uno mismo.

Y si algún día estas páginas llegan a terminar, le gustaría que quien las leyera entendiera algo muy sencillo.

Nunca escribió para demostrar que tenía razón.

Escribió para no perderse.

Mi Viejo Valiente

*Hoy quiero contar la historia
de un hombre que admiro de verdad,
que con esfuerzo y con coraje
nos enseñó a nunca abandonar.*

*Cuando el camino fue difícil,
siempre lo vi ponerse en pie,
cuidando a toda la familia,
sin importar lo duro que fue.*

*Y aunque las palabras no alcancen,
quiero que lo sepas de una vez,
gracias por cuidarme la vida,
gracias por creer siempre en mí también.*

*Porque a tu lado me siento fuerte,
segura, tranquila y feliz,
y le pido al tiempo
que me deje muchos años más junto a ti.*

*Has sido ejemplo de valentía,
de trabajo, honor y lealtad,
defendiendo a quienes más quieres
con el alma y con la verdad.*

*Yo sé que nunca podré pagarte
todo el amor que me has dado a mí,
pero daría lo que tuviera
por verte orgulloso y sonreír.*

*Quiero regresarte algún día
todo el cariño que sembraste aquí,*

*porque cada abrazo y cada consejo
siguen viviendo dentro de mí.*

*Y si me preguntan quién es mi héroe,
no tengo que pensarlo dos veces más,
es mi padre, mi guía y mi ejemplo,
el hombre que más voy a admirar.*

- Maia

Capítulo 9. El Idioma del miedo

Había pasado demasiado tiempo aprendiendo a desconfiar de sí mismo, tanto tiempo, que dejó de notar cuándo había empezado, simplemente un día descubrió que ya no confiaba en lo que veía, ni en lo que recordaba, ni en lo que sentía, mucho menos en lo que pensaba.

Había aprendido a preguntarse si estaría exagerando, si los demás tendrían razón, si, en el fondo, merecía todo aquello que le ocurría: los gritos, los golpes, los insultos, las mentiras.

Como si existiera una deuda invisible que llevaba años pagando sin saber exactamente cuál había sido su falta, por eso, cuando Matteo y Maia comenzaron a hablar, el Pinche Lobo dudó.

No de ellos, dudó de sí mismo, pensó que quizá los niños exageraban, que las cosas no podían ser tan graves, era la misma voz que durante años le había enseñado a desconfiar primero de su propia percepción.

Pero poco a poco comenzaron a aparecer relatos que no parecían contruidos desde el enojo, sino desde el miedo y eso sí parecía entenderlo bien.

Maia hablaba de dormir en el patio, como si fuera un perrito, de días enteros sin que le dirigieran la palabra, de preferir quedarse en la escuela porque le daba miedo el momento en que fueran por ella.

Y entonces habló Matteo.

Contó que su abuelo lo golpeaba en la cabeza, fuerte, que aprendió a llorar sin hacer ruido para que nadie lo viera, que mientras los adultos hablaban él no podía decir una sola palabra, que tampoco podía abrir el refrigerador, ahí estaban las bebidas de su abuelo y eso bastaba para convertir un acto cotidiano en un motivo de regaño.

Después contó algo que terminó de romper al Pinche Lobo.

Dijo que un día su mamá lo había acusado de haberla golpeado, que después ella misma lo golpeó a él, mucho, sin detenerse a mirar cómo estaba.

Y un día, con la desesperación de quien ya no encuentra otra salida, solamente le gritó al Pinche Lobo:

—Sácame de aquí... aquí nadie me quiere.

El Pinche Lobo todavía recuerda ese momento, no por las palabras, sino por lo que sintió, sintió una decepción inmensa de sí mismo.

Porque entendió que había sido él quien, creyendo que hacía lo correcto, había seguido enviando a su hijo al lugar del que más miedo parecía tener.

Aquello le dolió de una manera distinta, ya no era culpa, era una responsabilidad que pesaba demasiado y entonces ocurrió algo que jamás había conseguido hacer por sí mismo.

Les creyó.

No porque tuviera todas las respuestas, no porque pudiera demostrar cada una de sus palabras, les creyó porque reconoció el idioma del miedo.

Era el mismo idioma que él había hablado muchos años atrás, cuando todavía era un niño y tampoco encontraba las palabras para explicar lo que sentía.

Con mucho más miedo que determinación, abrió la puerta, no sabía si realmente podía convertirse en un refugio, toda su vida había buscado uno.

¿Cómo iba a estar seguro de saber construirlo para alguien más? Pero abrió la puerta de todos modos y fue entonces cuando ocurrió lo inesperado.

Creía que estaba haciendo fuertes a sus hijos, sin darse cuenta, ellos comenzaron a hacerlo fuerte a él.

Mientras los ayudaba a ponerle nombre a aquello que les dolía, empezó a nombrar también su propia historia, mientras les enseñaba que nadie merece vivir con miedo, descubrió lentamente que él tampoco lo había merecido nunca.

Y comprendió, quizá por primera vez con absoluta claridad, que la guerra nunca había escalado, la guerra llevaba mucho tiempo ahí.

Lo único que había cambiado era que, por fin, había dejado de llamar normal a aquello que nunca debió haberlo sido.

Aquella noche en la sala de la casa fría

Había una noche que el Pinche Lobo no podía recordar sin sentir un pequeño nudo en el estómago, regresaban de Tamaulipas, era Año Nuevo.

Matteo, con la naturalidad de un niño que todavía no sospecha todas las consecuencias que pueden tener algunas palabras, avisó a su mamá que ya habían regresado a Guadalajara. Minutos después sonó el teléfono, Mayra, quería que le devolviera inmediatamente a los niños, el Pinche Lobo sintió el miedo de siempre.

Ese miedo que durante años lo había hecho buscar la salida más rápida para evitar el conflicto y esa vez se equivocó, en lugar de enfrentar la llamada, enfrentó a Matteo, lo regañó, no recuerda exactamente las palabras, recuerda la sensación.

La de haber descargado sobre su hijo un miedo que nunca le perteneció. Pero el recuerdo importante de aquella noche no fue ése, fue lo que ocurrió después: reunió a todos en la sala de aquella casa de Hacienda del Oro, aquella casa enorme, fría, hermosa y tan frágil como quienes la habitaban.

Bajaron Ale, Matteo, Maia y César Alejandro. Todos con esa prudencia con la que se acercan las personas cuando no saben exactamente qué va a ocurrir.

El Pinche Lobo respiró hondo y les pidió perdón, una disculpa franca y simple, desde lo más profundo que pudo tocar en su corazón. Después les hizo una pregunta, quizá la más difícil que había hecho en toda su vida.

—Quiero que me digan, por favor, en qué estoy fallando, como papá, pero también como persona.

No se defendió, no explicó, no justificó, solamente escuchó.

Uno por uno comenzaron a hablar, con el corazón abierto, cada uno le mostró un espejo distinto, hasta que llegó el turno de César Alejandro y dijo una frase que todavía sigue viviendo dentro del Pinche Lobo.

—Que los últimos que sufran sean los niños.

Hizo una pausa.

—Peleen ustedes si es necesario... pero nunca hagan que los niños paguen por errores que no son suyos.

Aquellas palabras no terminaron la conversación, comenzaron otra mucho más larga, la que el Pinche Lobo empezó a tener consigo mismo, porque entendió que ser padre no consistía únicamente en proteger, también consistía en revisar las propias heridas antes de convertirlas en la sombra donde crecerían sus hijos.

Aquella noche no nació un padre perfecto, nació algo mucho más valioso, un padre dispuesto a aprender de sus hijos y quizá ahí comenzó, lentamente, una nueva forma de amar.

Aquella noche, el Pinche Lobo dejó de intentar ser un padre sin errores. Empezó a intentar ser un padre que supiera pedir perdón.

El oficio de ser papá

Porque ese oficio nunca consistió en tener todas las respuestas, consistió en aprender a hacer mejores preguntas. No consistió en no equivocarse, consistió en tener el valor de pedir perdón y, sobre todo, de ser honesto. No consistió en protegerlos de todos los golpes, consistió en enseñarles que siempre existiría un lugar al cual regresar cuando la vida golpeará demasiado fuerte.

El Pinche Lobo comprendió, poco a poco, que ser padre nunca había sido un título, era un oficio, uno que se aprendía todos los días, a veces escuchando, a veces fallando, a veces llorando a escondidas, a veces riendo alrededor de una mesa y casi siempre sintiendo que todavía le faltaba mucho por aprender.

Con el tiempo dejó de intentar ser el padre perfecto, descubrió que prefería otra cosa: ser un ser humano completo, con errores, con miedo, con dudas, pero también con valores, con principios, con la capacidad de decir "me equivoqué", con el valor suficiente para volver a empezar cuantas veces hiciera falta.

Porque al final comprendió que sus hijos nunca habían necesitado un héroe, habían necesitado un padre, y él, poco a poco, estaba aprendiendo el oficio.

El Pinche Lobo pasó media vida buscando una casa. Después creyó que buscaba una mujer. Más tarde pensó que buscaba justicia. Al final, descubrió que, en realidad, estaba aprendiendo un oficio. El oficio de amar sin dejar de ser él mismo. El oficio de ser esposo. El oficio de ser padre. Y,

quizá el más difícil de todos, el oficio de ser un buen ser humano.

Carta a mis hijos

Sabes, han pasado ya más de 21 años desde que empezaste a ser papá, ¿recuerdas aquel día cuando conociste el miedo? Aquel día en que supiste que ibas a ser papá, cuando todos los miedos te golpearon en la cara al mismo tiempo, sin darte tiempo de pensar en alguna buena idea, siquiera alguna frase. Tomaste después un fragmento de un poema para definir aquel momento: "...Te pusiste tu cara de idiota. Y te alegraste. Sentiste que ibas a ser papá".

Pero recuerdas aquel 11 de agosto, cuando entre toda la incertidumbre, de tantas cosas que faltaban, al final, siempre faltaba algo. Cuando por fin pudiste verlo y entre el caos pensaste que al fin habías conocido el amor. Desde aquel momento te prometiste ser para él, el papá que nunca tuviste para ti. Habías dejado de beber y de fumar y pensaste que querías ser un papá divertido, diferente, risueño, alegre, entregado y con muchas historias para contarle, así que volviste a destapar una cerveza y hasta encendiste un cigarro. Te propusiste le ibas a enseñar que la vida está llena de sueños y de cosas bonitas para vivir. Le buscaste entonces canciones y poemas, canciones que aún cantas a solas y lloras cuando recuerdas en breves instantes que tienes en las manos lo más hermoso que habías visto jamás.

Pasaron entonces los años con el pequeño en tus piernas, mientras trabajabas, mientras te divertías, sabías que no lo querías soltar. Y se convirtió en tu mejor amigo, querías jugar con él a los videojuegos, querías brincar más alto que él, pero siempre con él. Entonces se rompió una relación que quizá ya estaba rota mucho tiempo atrás y sentiste que no lo ibas a poder ver cada día y fuiste esa

palabra que en español no existe: un papá sin hijo, perdiste el rumbo, pero siempre sentías que debía haber una forma de volver.

Fue entonces que decidiste ser un ser lleno de paz, que brillara, que un día iba a ver la luz e iba regresar a casa. Siempre tenías el control del Xbox listo, para que volviera a sentarse a tu lado a pasar las tardes.

Y entonces llegaron ellos, tus dos pequeños, casi juntos, casi gemelos, tus ángeles, ángeles para un ateo, ¡vaya lío! Pensaste entonces que te habías partido en tres partes, iguales en cualidades y defectos y te miraste correr, ser inteligente, ser más buena que el pan. Aprendiste a amar en pedazos, fragmentado, pero unido siempre en el punto central en que te convertiste. Comenzaste a trabajar en ti, en siempre estar, soñaste con un futuro donde los tres convivían contigo y te preparaste para tener tres controles siempre cargados.

A cada uno les pusiste un poema, una canción y esta vez se las cantaste a ellos, intentaste hacerles ver que el corazón no te cabe en el pecho cuando los ves, que vas a estar siempre para decirles cuanto los amas. Encendiste tres velas, donde pusiste todas tus cualidades, todos tus sueños, todos tus cuentos. Y te sentaste a esperarlos, para que volvieran a casa, que siempre, pase lo que pase, está papá esperando.

Durante años buscó abrazos. Los buscó en mujeres, en amigos, en familias, en proyectos, en casas, en ciudades enteras. Buscó quien le dijera que todo iba a estar bien. Buscó quien le explicara por qué dolía tanto. Buscó quien le asegurara que no estaba roto. Y una tarde cualquiera, cansado de buscar abrazos, decidió empezar a darlos él.

Cansado de pedir refugio, decidió convertirse en refugio.

Hay hombres que aprenden a sobrevivir antes de aprender a nombrar lo que sienten.

César creció entendiendo que el dolor no siempre hace ruido; a veces se sienta en silencio, se guarda en el pecho y se disfraza de fuerza. Durante años intentó ser el hombre correcto: el que aguanta, el que resuelve, el que no se quiebra, el que carga con la culpa incluso cuando ya no le corresponde.

Pinche lobo es el relato de un hombre que atraviesa el amor, la pérdida, la paternidad, la violencia emocional, el abandono y la búsqueda de un hogar que no siempre estuvo en una casa, sino en una manada.

No es una historia de perfección. Es una historia de heridas, errores, miedo, ternura y resistencia. De un padre que intenta no repetir el pasado. De un niño que tuvo que hacerse fuerte demasiado pronto. De un hombre que, aun roto, sigue buscando la forma de amar sin destruirse.

Porque a veces el lobo no aúlla para asustar.

A veces aúlla para no olvidarse de que sigue vivo.

*Una memoria íntima sobre la herida, la paternidad
y el oficio de seguir de pie.*